

LA ESPAÑA LITERARIA



REVISTA CIENTIFICO-LITERARIA.

AÑO I.

Se publicará los días 1.º y 15 de cada mes.
Administración central, Abades 12.

Sevilla 1.º de Noviembre de 1862.

Precios: En Sevilla 6 rs. al mes.—En el resto de España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

NÚM. 2.

DIRECTOR,

DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

REDACTORES.

Sres. Almendros Aguilar (D. Antonio).
« Alvarez Anitua y de Letona (D. Rafael)
« Alvarez Osorio (D. Florencio).
« Arrambide (D. Juan Miguel de)
« Baglietto (D. Leoncio).
« Bálaguer (D. Victor).
« Bascones (D. Manuel María).
« Becquer (D. Gustavo).
« Benavides (D. José de)
« Benitez de Lugo (D. Antonio).
« Boutelou (D. Claudio).
« Bueno (D. Juan José)
« Bueno (D. Ricardo).
Sra. Butler (D.ª Rosa)
Sres. Calvo Asensio (D. Pedro).
« Campillo (D. Narciso).
« Campoamor (D. Ramon).
« Canalejas (D. Francisco de P.ª).

Sres. Cárdenas y Uriarte (D. José).
« Castelar (D. Emilio).
Ilmo. Sr. Castellanos (D. Basilio Sebastian)
Sres. Castro (D. Federico).
« Collantes (D. Francisco de P.ª).
« Diaz de Benjumea (D. Nicolás).
Sra. Diaz F. de Lamarque (D.ª Antonia).
Sres. Eguilaz (D. Luis).
« Escudero (D. Luis).
« Ester (D. Cayetano).
« Fernan-Caballero.
« Fernandez Aveño (D. Teodomiro)
« Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
« Flores Arenas (D. Francisco)
« Font (D. Enrique).
« Garcia Gutierrez (D. Antonio).
« Garcia Lovera (D. Ignacio).
« Garcia Lovera (D. Rafael).
« Garcia de Meneses (D. Gregorio).
« G. Negrete (D. Antonio).
« Garrido (D. Manuel).
« Garcia Perez (D. Eduardo).
« Giron y Lopez (D. Manuel).

Sra. Grassi (D.ª Angela).
Sres. Haritzenbusch (D. J. Eugenio).
« Jimenez (D. Manuel).
« Jimenez Astorga (D. Gumersindo).
« Lamarque de Novoa (D. José).
« Larranaga (D. G. Romero).
« Laverde Ruiz (D. Gumersindo).
« Lopez de Ayala (D. Adelardo).
« Lopez Garcia (D. Bernardo).
« Maraver (D. Luis).
« Marco (D. José).
« Martinez de Artabeytia (D. Mateo).
Sra. Mendoza de Vives (D.ª María).
Sres. Mier (D. Eduardo).
« Montaut y Dutriz (D. Manuel)
« Montero (D. Manuel María).
« Muro (D. Julian).
« Palacio (D. Manuel del)
« Ramirez (D. Javier de)
« Ramirez y de las Casas-Deza (D. L. M.)
« Ramos Calderon (D. Antonio).
« Rios (D. Demetrio de los)
« Rios (D. J. Amador de los)

Sres. Rodriguez Correa (D. Ramon.)
« Rodriguez y Morales (D. José.)
« Rodriguez Zapata (D. Francisco.)
« Romea (D. Julian.)
« Romero de Castilla (D. Tomás.)
« Rubio y Diaz (D. Vicente.)
« Ruiz Aguilera (D. Ventura.)
« Sala (D. Manuel.)
« Sanz (D. Eulogio Florentino.)
« Sawa (D. Federico de.)
« Segovia (D. Gonzalo.)
« Selgas y Carrasco (D. José.)
« Serra (D. Narciso.)
Sra. Sinués de Marco (D.ª M.ª del Pilar.)
Sres. Tamayo y Baus (D. Manuel.)
« Trueba y la Quintana (D. Antonio.)
« Utrera (D. Federico.)
« Valderomar y Pineda (D. Javier)
« Velazquez y Sanchez (D. José.)
« Viedma (D. J. Antonio.)

COLABORADORES.

Todos los Literatos y Artistas de España

SUMARIO.

Revista Universal del mes de Octubre.—Estudio sobre el idioma árabe en España, por Don Gumersindo Laverde Ruiz. — Helena, considerada como símbolo del arte clásico, por Don Emilio Castelar. — Discurso leído ante la Real Academia Española, por D. Antonio Garcia Gutierrez.—Pasado, presente y porvenir de la Arquitectura en España (Artículo II), por D. Demetrio de los Rios.—Brevedad de la vida, (poesía) por D.ª Antonia Diaz de Lamarque.—A las ruinas de Itálica (oda), por D. José de Lamarque.—Apuntes biográficos de un artista, por D. Carlos Jimenez Placer.—Bienaventurados los pobres de espíritu (novela), por D. José Velazquez y Sanchez.

REVISTA UNIVERSAL

DEL MES DE OCTUBRE.

Una de las secciones mas importantes en que se divide *La España Literaria*, es la que ha de tener al corriente á nuestros lectores de todos los acontecimientos europeos que mas llamen la atención pública.

Hoy inauguramos esta seccion con la Revista Universal del mes de octubre próximo pasado.

Mr. Proudhon ha dado á luz un folleto sobre la unidad italiana.

El nuevo presidente del consejo de ministros de Prusia Mr. Bismark amenaza á las cámaras de aquel pais con un golpe de estado, á consecuencia de su oposicion al aprobar los presupuestos sometidos á su exámen.

En Rusia se ha celebradó el aniversario del siglo X de existencia de aquel imperio. Las vistas y magníficas iluminaciones, suntuosos monumentos y grandes revistas de tropas no han contribuido poco á la solemnidad de esta fiesta nacional.

El Czar ha declarado á la Polonia provincia del imperio ruso.

El Sultan de Turquía ha decretado los honores del triunfo al ejército fuerte de 100,000 hombres con 140 cañones, que regresa á Constantinopla despues de su lucha con los Montenegrinos, sin haber logrado otra cosa que molestar á este puñado de héroes que luchaban por la independencía de su pátria.

El virrey de Egipto ha mandado construir un dock á sus espensas, aconsejado por el comandante de las fuerzas navales de Francia en aquel pais.

Se continuan activamente los trabajos de perforacion del Istmo de Suez, en cuyas obras se propone en breve el Sr. de Lesseps ocupar el respetable número de 40,000 operarios.

El gobierno provisional de Grecia ha decretado el destronamiento de la familia de Oton, que se dirige á Marsella abandonando el pais al movimiento nacional.

El gobierno ruso ha dado un ukase, concierne á la emancipacion política de los judios de la Polonia.

Austria aconseja á los húngaros que no comprometan la paz y la política del imperio.

En Portugal ha sido recibida la Princesa Pia, con grandes demostraciones de júbilo.

El último meeting en que se trataba de honrar á Garibaldi en Lóndres, fué motivo de graves trasnornos provocados por los irlandeses, que asaltando las casas donde se celebraba el acto, arrojaron de ella a los Garibaldinos, apesar de la

intervencion de la policia, y saquearon varias tiendas de comercio arrojando sus efectos á la calle.

El cardenal Wiseman, con este motivo, dirigió, una circular con el fin de evitar la reincidentencia de actos tan desfavorables.

Entre Inglaterra y Holanda se ha colocado un cable submarino.

La salida del Sr. Thouvenel del ministerio de negocios extrangeros (Francia), ha causado una viva sensacion entre los partidarios de la unidad italiana. El Sr. Drouyn de Lhuys, conocido por sus opiniones conservadoras y su adhesion al poder temporal del Pontificado, lo ha reemplazado. (El Sr. Drouyn de Lhuys, ministro en 1849 de la república francesa, aconsejó en esa época la expedicion de Roma).

Ha sido nombrado embajador de Francia cerca de S. S., Mr. de Latour d' Auvergne, hermano del Arzobispo de Bourges, que desempeñaba igual cargo en Berlin.

Los teatros franceses, despues de año de muerto Mr. Scribe, aun continuan anunciando obras nuevas de tan celebrado autor.

La censura de París ha prohibido la representacion del *Fils de Giboyer*, de Mr. Augier.

El teatro Lírico francés abre sus puertas con una ópera nueva de Mr. Lemet, titulada: *Ondine*.

Vá á inaugurarse un ramal del ferro-carril de Reggio.

Monseñor Cenatiempo se ha evadido de la cárcel de Nápoles, en una cesta que habia servido para llevar las provisiones al festin que tenia lugar en dicha cárcel.

Sigue inspirando sérios temores la salud de Garibaldi.

En el teatro Italiano de Paris á debutado Mr. Caron en el *Trovador*, con buen éxito.

El Sr. Mário, ha firmado un contrato en el Teatro de la Ópera en Paris, en el que se estipula un sueldo mensual de 15,000 francos.

El *Siécle*, considera como un verdadero acontecimiento artístico, el debut en la ópera cómica del tenor Achard, que habia ya hecho su aparicion en 1854 con grande éxito en el teatro *Lirico*.

La convencion literaria y artística celebrada entre Francia é Italia en 29 de junio último, establece la reciprocidad de las ventajas concedidas á las composiciones musicales de ambos paises, estendiendose hasta los fragmentos dichos arreglos y comprendiendo la representacion y traduccion de las obras.

El almirante francés Jurien de la Graviere ha vuelto á Méjico, encargandose nuevamente del mando de la escuadra, en reemplazo del contra-almirante Roze, de regreso en Francia.

El General Zaragoza ha sido víctima del tífus en la ciudad de Puebla. Su cadáver fué trasladado á Méjico, donde han tributado grandes honores á su memoria.

Leemos en la *Illustration*. La abolicion de la esclavitud, proclamada por el Presidente Lincoln ha causado tal exaltacion en los ánimos, que varios miembros del Congreso del Sur propusieron enarbolar bandera negra. La proposicion ha pasado á una comision jurídica.

El Sr. Dulce, capitán general de la isla de Cuba, ha salido de la Corte para Cádiz el 30 del pasado, acompañandole los Sres. Navascues, y Prats y Fernandez.

Mr. Carré ha obtenido del gobierno español un privilegio esclusivo por la invencion de ciertas máquinas con las que obtiene hielo artificial.

El 8 del corriente se celebrarán las honras fúnebres por el alma del desgraciado actor Don Fernando Osorio, en la iglesia de S. Sebastian

de Madrid, donde tienen su capilla los actores. Las orquestas del teatro Real y de Jovellanos, entonarán la misa de Mozart, que será cantada por los primeros artistas, italianos, que actuan hoy en dicho teatro Real. Nuestro querido amigo y compañero el Sr. D. Javier de Ramirez está encargado de dirigir la parte artística del túmulo que se elevará en la capilla, y en el cual, entre coronas de laurel estarán inscritos los nombres de Maiquez, Guzman, Larra (figaro), Quintana, Concepcion Rodriguez, Josefa Valero, Latorre, Calderon, Lope y Cervantes.—La Redaccion de *La España Literaria*, unánime al deseo expuesto por su Director, de contribuir á la solemnidad de aquel acto, regalará á la comision encargada de los funerales, una corona de laurel de oro para adornar el sepulcro del malogrado actor.

Se encuentra en Sevilla el jóven compositor italiano Sr. Navone Canepa, premiado dos años consecutivos en la Academia de Bruselas por sus estensos conocimientos en armonía y composicion.

El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla ha obsequiado á nuestro compañero de redaccion el Sr. D. José Velazquez y Sanchez por su crónica del viaje régio, un magnífico reloj de oro cincelado, en una de cuyas tapas se lee: *El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla á su Cronista en 1862*. Justo premio á la laboriosidad del distinguido escritor.

En la primera quincena del mes de Octubre se ha llevado á efecto la prueba definitiva del puente tubular de hierro constuido sobre el Duero, á las inmediaciones de Valladolid por la compañía del ferro-carril del Norte. El resultado de la prueba ha sido completamente satisfactorio.

Escriben de Torrelavega, que el dia 9 se verificó en aquella poblacion una junta de propietarios, en la cual se trató del planteamiento de una granja-modelo, que contribuya á desarroyar la instruccion entre los labradores de la provincia de Santander. La reunion oyó el proyecto y acordó elevar al Gobierno de S. M. una exposicion en solicitud del competente permiso.

La Real Academia española ha recordado celebrar en este mes de Noviembre, en el dia que cumple tres siglos del natalicio de Lope de Vega, una sesion pública extraordinaria para solemnizar el acto de la colocacion de una lápida monumental en la casa n.º 15 de la calle de Cervantes, donde vivió aquel insigne poeta.

El Sr. D. Florencio Janer, del cuerpo facultativo de Archiveros Bibliotecarios, ha adquirido en una breve excursion arqueológica que acaba de hacer, varios objetos históricos de mucha importancia. Cuentase entre ellos una preciosa cama de la época del emperador Carlos V, ejemplar único en Europa, sillas del reinado de Felipe V., y un retablo del siglo XV.

El Sr. D. José de Rueda, médico titular de la villa de Cantillana, acaba de enviar á la Comision de Monumentos de esta ciudad, un crecido número de fragmentos, de un suelo de mosaico. Aunque sin una certeza absoluta, en razon á no haber tenido todavia aquella entendida comision lugar para examinarlos, diremos que parecen ser romanos: en los mas de dichos fragmentos hay grecas de colores graciosamente combinados; y en otros comienzan á descubrirse trozos de figuras y ropas. Esta donacion hecha por el Sr. de Rueda, es una adquisicion preciosa, por la que deben de estarle muy agradecidos los amantes de las letras y las artes.

DEL ESTUDIO DEL IDIOMA ÁRABE

EN ESPAÑA.

I.

Desde que la gigantesca lucha contra los moros, que habian invadido la península, terminó, fijando los victoriosos Reyes Católicos sobre la Alhambra de Granada, la sagrada enseña que el gran Pelayo, ocho siglos antes, levantara en Covadonga, el estudio de las letras y ciencias árabes, no poco favorecido por algunos de nuestros monarcas de la edad media, comenzó á decaer en España rápidamente; efecto en parte, de la escaltacion del sentimiento religioso (personificada en el Cardenal Cisneros), que hacia mirar con desprecio y hasta con horror cuanto procedia de los secuaces de Mahoma, y en parte del entusiasmo clasicista del renacimiento (representado por el doctísimo Vives) á cuyos ojos era inculto y bárbaro cuanto no viniese de griegos ó latinos, condenando como deformes las creaciones mas grandes, ya cristianas, ya musulmicas, de las épocas precedentes.

Todavia en el siglo XVI, hubo entre nosotros bastantes personas intruidas en el árabe lenguaje, como la célebre Luisa Sygea; pero en el siguiente, solo conservaron alguna noticia de él, y esto con un fin puramente religioso, los frailes que hacian profesion de llevar la luz del Evangelio á los paises envueltos en las sombras del Alcorán, de cuyo número fué el P. Cañez, que en la pasada centuria publicó una *Gramática* y un *Diccionario* bien conocidos de los orientalistas, y si mal no estamos informados, los únicos que España cuenta; obras que, apesar de haber sido escritas sin miras eruditas de ninguna especie, contribuyeron, con las de otros sábios estrangeros, á producir en la península una cierta reaccion en favor de la literatura arábica. Casiri con su *Biblioteca arábigo-hispana escurialense*; Piquer con su *discurso sobre la medicina de los árabes*; el abate Andrés con su *Historia de la literatura*, donde tegió una apología tan juiciosa como elocuente de la cultura intelectual de los sarracenos, queriendo probar que de ella mas directamente que de la de ningun otro pueblo, recibió Europa su moderna ilustracion; Banqueri, Conde, Noroña, Badia y otros, con muy buenas traducciones de escritos árabes, dieron poco despues, notable impulso á aquel movimiento, que un tanto paralizado mas tarde por las guerras y agitaciones políticas, ha vuelto á continuar progresando en nuestros dias de una manera satisfactoria.

Así lo demuestran los trabajos sobre la filosofía, la literatura, la historia y las antigüedades arábicas, tanto mas digno de aplauso cuanto mas desinteresados, de Estábanez Calderon, Gayangos, Jimenez Serrano, Lafuente Alcántara, Carbonero y Sol, Moreno Nieto, Simonet, Malo de Molina, Fernandez y Gonzalez, etc.

Mas aun distamos mucho en esta parte de lo que la importancia suma de tal estudio reclama, gracias al escaso interés con que ha sido mirado generalmente por nuestros legisladores de instruccion pública. Solo tres cátedras de árabe sostenidas por el Estado hay en España actualmente: una en la Universidad de Madrid, otra en la de Sevilla y otra en la de Granada; debiendo ad-

vertirse que, si bien dicho idioma figura entre las asignaturas de la *facultad de filosofía y letras*, no es en términos absolutos, pues los alumnos pueden elegir entre el hebreo y él á su capricho. En cambio, el griego no solo ocupa un lugar preferente en la espresada *facultad*, sino que constituye parte esencial de la segunda enseñanza, habiendo, por consiguiente, profesores que le esplican en todas las universidades y en todos los institutos del reino. No impugnaremos nosotros semejante estension de la lengua helénica; pero ¿concuera bien con el reducido espacio que concede á la arábica el plan de estudios vigente? ¿Es lógica, es razonable, admite esplicacion alguna disparidad tan profunda? Perdónennos los apasionados del habla divina de Homero y de Platon: creemos que no; creemos que, para los españoles sobre todo, la árabe es mas interesante. Evidenciaremos nuestro aserto esponiendo algunas consideraciones, cuyo valor no puede ocultarse al menos versado en historia y literatura. Varios aspectos, á cual mas importantes, ofrece la cuestion: bajo todos ellos la examinaremos, si quiera sea á grandes rasgos.

II.

Bajo el aspecto religioso, el principal, sin duda, pues se liga á ideas y sentimientos que, ejerciendo en el tiempo universal influencia, entrañan una trascendencia eterna, si por lo que respecta á la *literatura cristiana* cede en utilidad el árabe al griego, en cambio le aventaja incomparablemente en lo tocante á la *predicacion*, porque esta tiene mas dilatado campo en los países donde se habla el primero que en los habitados al segundo, uno y otro asaz corrompidos por efecto del tiempo y de las circunstancias.

Y ¿podrá negarse que la Iglesia católica es, como los apóstoles, mas *predicadora que literata*, sin desdeñar por eso la literatura, que para ella vale mas la conversion de un árabe que la traduccion ó mejor interpretacion de un libro griego? Además, aun con respecto á la Patrología, es de harto secundaria importancia el estudio de la lengua griega. Vertidos al latin y comentados perfectamente los Evangelios y las obras de los padres de la Iglesia oriental, el conocimiento del idioma en que originariamente fueron escritos y sin el que pasan muy bien teólogos eminentes, solo sirve para aquellas discusiones relativas á la diversa inteligencia de los textos sagrados; discusiones de ordinario estériles, ya que no dañosas en alto grado, hijas de la mala fé y soberbia de los herejes é incrédulos, que en España apenas pueden tener lugar, á causa de la *unidad religiosa* en que afortunadamente vivimos.

Bien comprendemos que no faltará tal vez quien, trocando los frenos, como suele decirse vulgarmente, deduzca de esta última indicacion el siguiente ó parecido raciocinio, que será todo lo absurdo que se quiera, pero que no admite refutacion lógica, dados los principios de cierta escuela para la cual el único agente de la historia y el único revelador de la verdad es el humano: «Si la *unidad católica* en España es razon para que la enseñanza del griego reciba menos ensanche, á bajo esa uni-

dad que así contraria los progresos de las buenas letras; establezcase la libertad de cultos para que, ocasionando controversias exegéticas sobre los libros santos, comunique nueva importancia al estudio del idioma clásico por excelencia.»

¿Vendrá á cuento el digresar un poco para hacer patente la insubsistencia de conclusion semejante? ¿Será necesario mostrar que la *unidad religiosa* debe ser preferida á todo otro interés, cuanto mas al del idioma griego, que, como todos los idiomas, es solo un *instrumento*, no un *objeto*; un *medio*, no un *fin*.

El *error*, —¿quién lo pondrá en duda?— es por su misma naturaleza un gran mal, así para los individuos como para las sociedades: estas, lo mismo que aquellos, están en la obligacion de sustraerse á su influencia, de perseguirle en todas direcciones, apenas le reconozcan. Nosotros, como católicos, sabemos, y dejaríamos de ser católicos sino lo supiésemos, que toda religion distinta de la que profesamos es falsa en las doctrinas que enseña y deletérea en las costumbres que inspira.

¿Seria, pues, razonable, no seria por contrario altamente criminal el dar de *grado* al error carta de ciudadanía en nuestra patria? Eso ¿no equivaldria á declarar iguales en derechos á la verdad y al error, á Dios y al diablo? ¿No seria lo mismo que identificarlos? Los panteístas, para quienes todo es Dios y Dios es todo, pueden creer lógicamente en la infalibilidad y en la impecabilidad del hombre, espresion suprema de su mentida divinidad; pueden afirmar, sin ponerse en contradiccion con el principio fundamental de su escuela, que cuando uno dice *si* y otro dice *no*, ambos tienen razon, supuesto que ambos son Dios y en ambos se revela la *idea*; pueden por lo mismo, proclamar como axioma incontestable la libertad de cultos; pero á los católicos, conocedores de la distancia infinita que separa al hombre de su Hacedor, conocedores de la falibilidad y pecabilidad del adámico linage, á los católicos, que creemos que la doctrina revelada por Dios á la Iglesia es absolutamente verdadera, y que fuera de ella no hay mas que error y miseria y retroceso, ¿nos será lícito compararla con las doctrinas inventadas por los hombres, sometiéndola á iguales prescripciones la palabra del Criador y la de la criatura, en su propagacion por el mundo?

Por otra parte, no cabe dudar que la *unidad* es tan indispensable para la vida y concierto de las sociedades, cuanto para la armonía de la creacion y la belleza del arte, y que debe estar á la vez en la ley, como norma de la *actividad pública*, y en esta misma *actividad*, como reflejo de la *ley*. Y ¿es natural que exista en la *ley*, no existiendo en las creencias religiosas del pueblo? Toda religion envuelve un sistema de metafísica y de moral, y toda legislacion positiva le supone, como su punto de partida y su razon trascendental; por manera que una variacion en la teología arrastra lógica y necesariamente á un cambio análogo en el derecho. Ahora bien; demos que la poblacion de España llegase á dividirse entre dos religiones opuestas, el catolicismo y el mahometismo, por ejemplo; siendo radicalmente inconciliables su metafísica y su mo-

ral, ¿de cuál de esas dos religiones habrian de tomarse los fundamentos filosóficos de nuestras leyes? Si de la una no mas, los secuaces de la otra dirian con razon: «Nuestra religion es buena para profesada. ¿Porque no lo ha de ser para infiltrada en el espíritu de la ley. ¿Abrese la puerta á nuestro dogma. ¿Por qué se cierra á la moral pública que de él procede? Quien consiente los principios, no tiene derecho á rechazar las consecuencias».

Si, vencidos por esta argumentacion irresistible, discurriesen los legisladores formar dos códigos, uno para los partidarios de cada culto como sucedió en España en los primeros tiempos de la dominacion goda, ¿qué seria de la *unidad*? Retrocederíamos mas aun en la esfera filosófica que en la histórica. Unicamente una transaccion salvaria, no la *unidad* sino sus apariencias: mas las transacciones entre ideas absolutas no son soluciones, son paliativos que encubren la intrínseca heterogeneidad, como el vientre de Rebeca encubria el ingénilo antagonismo de Esaú y Jacob: en casos de necesidad son *convenientes*, si se quiere; *justas*, nunca. Y esto así, ¿á que crearnos tal necesidad, cuando lejos de producir ventajas, solamente traeria conflictos, lejos de fortificar la *unidad de la ley*, contribuiria tan solo á descomponerla profunda y duraderamente? Pues aun ganaria menos con el libre —cultismo la *unidad de la actividad pública* mucho mas esencial que la de la *ley* para el orden y progreso de las sociedades, en las que solo se constituye por la *fuerza* ó por la *conciencia*. Efímera é impotente la primera por sí sola, sobre todo cuando los principios democráticos dominan, tendiendo á *autonomizar* á los individuos y á las localidades, á debilitar á la autoridad y sus medios de accion, ¿donde encontrar, fuera de la segunda, un principio de cohesion á las diferentes *autonomías*, á los varios elementos sociales? Y ¿que principio puede ser ese mas que la *unidad religiosa* que, fundada en motivos sobrenaturales, liga las almas á lo eterno y lo absoluto, centro de toda vida, de toda verdad, de toda belleza? Cuando diferentes hombres piensan acordes acerca de lo infinito, facilmente se concibe que conserven la misma armonía al descender á lo finito, así como de semillas idénticas se obtienen idénticos frutos, ó de idénticas premisas idénticas consecuencias. Empero ¿extrañaremos que discuerden con relacion á las cosas del tiempo, aquellos cuyos espíritus viven separados por los insondables abismos de la eternidad?

Para mas corroborar nuestras ideas, compararemos á las razas ibérica y anglo-sajona en su influencia sobre la civilizacion ultramarina, y veremos, con un ilustrado escritor, que mientras la primera ha sabido asimilarse todas las ramas de la gran familia índica; la segunda nunca hizo mas que esterminarlas, ó dejarlas corrompidas en su anterior atraso y barbarie. ¿De donde procede esa superioridad de nuestra raza? De la *unidad*, responde el mismo autor. Ciertamente: pero no siendo tal *unidad* una pura abstraccion, sino una realidad viva, conviene determinar su principio y naturaleza, para sacarla de esa indefinible vaguedad de que casi siempre aparecen revestidas las concepciones de la *escuela humanitaria*. Con

solo añadir una palabra, con solo decir la *unidad católica*, queda la idea espléndidamente iluminada. El catolicismo es, en efecto, el que ha concentrado principalmente á la nacionalidad española; él ha hecho tan fecundas para el progreso universal nuestras conquistas, por que él solo en la tierra posee la verdad y conserva el fuego divino de la caridad. La raza anglo-sajona es protestante, y de ahí ese espíritu egoísta y mezquino que la impide inocular profundamente el progreso en los pueblos bárbaros sometidos á su imperio, y la arrastra á contrariar los esfuerzos civilizadores de las naciones católicas. ¿Qué otra razón pudiera darse de la diferencia notada entre esa raza y nuestra raza? Una vez eliminado el principio religioso, ¿qué mas principios de *unidad* pueden descubrirse en la raza ibérica que en la anglo-sajona?

(Continuará.)

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

HELENA

CONSIDERADA COMO SÍMBOLO DEL ARTE CLÁSICO.

La literatura griega, tan grande por los inmortales genios que la ornaron, vivió en el tiempo, como si Dios la hubiese revestido de la inmortalidad. Sus primeros poetas se pierden en las sombras de la fábula, y sus primeros cantos son como ensueños de la historia. Vivificada por una idea altísima recorrió los espacios como si auras de los cielos la agitasen, y alumbró á la humanidad, cual si hubiera bebido su luz en lo absoluto. Dos mundos chocaron con tremendo choque, y una civilización gigantesca se perdió en el polvo de sus mismas ruinas; y de aquel mar de sangre nació como una ilusión Homero, el dios de los poetas, y el poeta de los dioses. Persia lanzó contra Grecia sus legiones; y la gigantesca lucha de la libertad y el despotismo engendró á Esquilo. En medio de fratricidas combates cantaron Sófocles y Eurípides; y cuando parecía agonizante la civilización helénica, se levantó el genio de la Academia á leer los misterios de la ciencia en la frente misma del Eterno. La espada de Filipo no pudo herir aquella artista prodigiosa, que había hecho patrimonio suyo el fuego de la inspiración, ni la batalla de Queronea agotar la savia de vida que en sus venas derramaron los poetas, los sabios y los guerreros. Si las artes y las ciencias huyeron del suelo de Grecia fué para dominar nuevos mundos y resplandecer en mas vastos horizontes. Alejandría es el panteón de todas las ideas. El mundo entero rinde en aquel templo tributos de adoración á Grecia. Los sabios de todos los pueblos se reúnen para aprender la hermosa lengua helénica; y la Academia, el Pórtico y el Liceo renacen bajo el cielo del Africa. Aquella Ciudad, asentada sobre dos mundos, intentó que Oriente y Occidente depusiesen sus armas y olvidasen sus eternas guerras. Para cumplir tan alto propósito, reunió en sus academias á todos los poetas de la Grecia, á todos los sabios del Oriente, y la literatura helénica siguió domeñando el espíritu de la humanidad.

Cuando Roma, esgrimiendo su tajante espada ató la Grecia á su carro triunfal, antes que su señora fué su esclava, pues cayó de rodillas á sus pies pidiéndole maestros para sus hijos, inspiración para sus artes.

El cristianismo escogió la hermosa lengua griega para hablar á las naciones deslumbradas. La edad media no logró apagar el fuego de esa literatura que parecia como Aquiles invulnerable; el mundo moderno cayó rendido ante el espectáculo de su inmensa grandeza.

Sobre esa literatura hay siempre fija una estrella, que se llama Helena; víctima del amor, mártir del destino. Teséo la adora, Páris la arrebató en alas de los vientos y la arrulla amoroso en brazos de los mares. Proteo la detiene en Egipto, Príamo no duda en ofrecer á Troya como holocausto de su hermosura, el héroe de Homero abandona los elíseos campos para reclinarse en sus brazos, y como si el martirio á que la condenó el destino, no debiera jamás acabarse, Goethe la evoca en el siglo XIX para libar en sus labios la idea de la antigua Grecia.

Helena es algo mas que una muger, es un símbolo, una personificación. Es la diosa del Olimpo del arte. Si así no fuera, no la hubieran adorado todos los poetas, y no la hubieran bendecido todos los pueblos. Hija de Júpiter, pasó por la tierra como una estrella de amor, y resbaló como una idea sobre la frente de todas las literaturas.

Nosotros en este desaliñado artículo la buscaremos al través del tiempo y del espacio; desde que Homero soñó con su hermosura, hasta que Goethe cantó su amor, y la hizo madre de la poesía moderna, deteniéndonos solo ante los grandes géneos que han cantado su gloria.

II.

Segun el método que nos hemos propuesto en este nuestro imperfecto trabajo, buscaremos á Helena en la tradición histórica, aunque reconocemos que su vida está envuelta en fábulas; y resumiremos brevemente lo mas importante que con mas ó menos fundamento han dicho los autores clásicos, dando siempre á estos lejanos tiempos el carácter de místicos como embellecidos por la imaginación ardiente de pueblos primitivos y cantados por la ciega inspiración de misteriosos poetas. Para nuestro intento nada vale la realidad histórica; nos basta saber que la idea de Helena existe, y que su luz brilla en la cuna de Grecia. No podremos con datos decir lo que pasó en el espacio y en el tiempo, pero si podremos revelar lo que soñaron los poetas en el cielo de su alma. Helena para nosotros tiene la existencia que le da la luz del pensamiento, y la importancia de que la ha revestido el poder del arte griego. Pero veamos la opinión de los sabios. Desacordes andan los críticos sobre su nacimiento. La opinión general le da por padre á Júpiter y por madre á Leda. Pero no han faltado autores que, intentando hacerla hija solamente de los dioses, creen que la hubo Júpiter en Némesis (1). La infeliz diosa, esquivando las caricias del señor de las nieblas, vuela en alas de los vientos, pide á la tierra secreto asilo, y á las ondas del mar seguro amparo; toma todas las formas que le sugiere su mente, y no logra ocultar su hermosura á las persecuciones de su amador, que la oprime por fin contra su pecho, y la hace suya, naciendo de este amor Helena y sus hermanos Castor y Polux (2), Júpiter, para colmar su deseo y engañar á la esquivo hermosura que le desprecia, toma la forma de blanco cisne, cruza los mares, se cierne blandamente sobre

la gruta donde reposa Némesis, logra sus caricias, valiéndose de tan traidor amaño, y en la callada noche, revistiéndose de su divina forma, goza á la beldad que huía de su poder y de su gloria (1).

Ausonio en sus epigramas, Theon de Alejandría en sus comentarios sobre Arato, consiguan las dos opiniones, que sobre el nacimiento de Helena corrian con mayor crédito en Grecia, y no dan asenso á ninguna de ambas, lo cual prueba que la luz centelleante de la fábula deslumbró sus inteligencias. Pero sin duda nació tan estraña confusión de que Júpiter toma por dos veces en la theogonía pagana la forma de cisne para correr en pos de la hermosura, y de que en una de estas ocasiones engañó á Leda y en la otra á Némesis (2), Plutarco, queriendo sin duda divinizar la hermosura de aquella muger singular que dió muerte á los imperios y vida á los poetas, dice que el huevo que encerraba á Helena cayó maravillosamente de los cielos. Pero nosotros, lo que aquí debemos consignar para las deducciones que pretendemos sacar de esta simbólica historia, es que Helena fué hija de Júpiter y de una mortal, segun la opinión generalmente admitida en Grecia.

Dela historia de su nacimiento pasaremos á recopilar algunas opiniones sobre su rara y peregrina hermosura. La rosa de Chipre, que abre sus pétalos, á las caricias de las primeras auras de la primavera, no es tan hermosa como la color purpurina que tiñe las mejillas de la hija de Leda; el aura embalsamada, que al caer la tarde, desciende como suspiro celeste de las floridas montañas de Thesalia, no es tan pura como el aroma que exala su aliento; palpita su pecho como las ondas del mar Egeo, cuando los dioses rozan su azulada superficie con las orlas de sus luminosos mantos; brillan sus ojos como el lucero precursor de la noche, y es tan luminoso su cabello como los rayos de la luna al levantarse en los desiertos y silenciosos campos. Naturaleza con todos sus rumores no tiene eco que se parezca á la voz de Helena. Así Homero, no encontrando palabras en el lenguaje de los hombres para encarecer su belleza, ni imágenes en la rica naturaleza con que compararla, dice que las diosas solo pueden compararse á Helena. Frigio, Constantino Manasés, Cedreno, Brantome han hablado de su hermosura, sin acertar á comprender la idea oculta que representaba. Quintiliano para encarecer la perfección de tan peregrina beldad, dice que Troya no dudó un momento en morir antes de entregar á Helena.

Un religioso español, Baltasar de Victoria, dice: «Nació esta tan aventajada y enriquecida de hermosura, que fué un portentoso, un prodigio y milagro de naturaleza, quedando desde aquel tiempo á este y aun para muchos siglos en proverbio, su belleza y gallardía; de tal suerte, que cuando queremos ponderar la hermosura de una muger decimos que es una Helena». (3) Bayle, que suele sacrificar todo pensamiento elevado, al afán de alcanzar una sonrisa á sus lectores, desata su pluma contra la hermosura de Helena, repitiendo los mil improprios con que han insultado su memoria los hombres de todos tiempos (4). Heródoto en *Euterpe*, Eurípides en el *Orestes* y en la *Elena*, Propertio, Tibulo, en sus elegías, Ovidio en sus *Heróidas*, nos ponderan la rara hermosura de la esposa de

(1) *Stasimus*, in carmine. De rebus Cipriacis apud Hadrianum Junium, lib. I.

(2) Pausanias, lib. I.

(1) *Higinus*. *Astronomicum*, lib. II, cap. VIII.

(2) *Apología de Helena*. *Isócrates*.

(3) *Teatro de los dioses de la gentilidad*, lib. II, cap. XIX.

(4) *Diccionario crítico*; t. II, artículo sobre Helena.

Menelao. Pero no anticipemos ideas, porque ya veremos cómo ha pasado esta vision del arte clásico ante los ojos de sus primeros poetas, y dejemos sentado que el grito universal de todas las tradiciones la proclama por la mas hermosa de todas las mugeres griegas.

Plutarco cuenta, por lo que á sus amores respecta, que Theseo se prendó de la hermosura de Helena (1) cuando apenas habia la preciosa heroina sacudido el dulce sueño de la inocencia. Danzaba cierto dia en el templo de Diana, dando al viento sus cabellos, y regalando los oídos de los que la rodeaban con armoniosos cánticos; su blanco ceñidor flotaba como las nubes que en sus alas conducen á los dioses cuando descienden á la tierra, y palpataba su seno con gracia tal, que el héroe la arrancó al hogar doméstico, y ocultóla como prenda de su corazón en el Atica; pero sabedores Castor y Polux del atrevimiento de Theseo, penetraron en el país do oculta estaba su hermana, y amenazaron incendiar sus casas y talar sus campos si no les devolvían la perdida beldad, hasta que lograron su intento despues de haberse instruído en los pavorosos misterios que Atenas guardaba en sus templos. (2) Algunos sostienen que Iphigenia nació de los amores de Theseo y Helena, la cual fué á casa de su hermana Clitemnestra á dar á luz el fruto de su desgracia, y compadecida esta, dió á Iphigenia el nombre de hija, sin que Agamenon conociese tal engaño. Castor y Polux creyeron tambien que Theseo no habia logrado triunfar de Helena ni avasallar su corazón. (3) Ovidio dice que Theseo logró tan solo imprimir un beso de amor en aquella hermosa frente, y alcanzar inocentes y purísimas caricias de tan preciada hermosura (4)

Despues de estos amores entró bajo el dominio de Menelao, que la amaba como todos los que tenían la dicha de contemplarla, aunque fuese por breve espacio de tiempo.

Un pastor, hijo de reyes atraviesa guiado por Venus, los mares, y recibe cordial hospitalidad en el palacio de Menelao. Su perfidia es tan grande, que se enamora de la reina, y su atrevimiento tan desordenado, que la arranca del lecho conyugal. Nada le importa desoir la voz de su conciencia y quebrantar los deberes de la gratitud. Ni el temor le contiene, ni las lágrimas de su amada le ablandan (5). Un amor mas profundo que los mares y mas inmenso que los cielos, le posee como furia desencadenada del Averno, y se entrega con su presa á los vientos, sin fijar los ojos en lo porvenir, sin presentir la tempestad que rugia sobre la cabeza de su raza. Diez años de sangrienta guerra, la ruina de la ciudad trojana, y la muerte de una gigantesca civilizacion fué el precio con que pagó el rapto de aquella muger.

No queremos dejar pasar la ocasion que se nos presenta de consignar aqui la opinion de Herodoto, que despues veremos reproducida en Euripides. Helena jamás visitó á Troya. La tempestad la cubre con sus negras alas, y la impele á las riberas de Egipto. Proteo la recibe en su palacio, y jura protegerla hasta que pueda entregarla á Menelao. ¿No parece este maravilloso relato un cuento de caballería? (6)

El padre de la historia analiza con la pro-

funda crítica este cuento que oyó de labios de los sacerdotes egipcios, y dice que Troya no hubiera consentido por una débil muger y un veleidoso mancebo verter la sangre de sus hijos ni quebrar el áureo cetro de su poder. Los griegos perdian á Helena, y los troyanos que en sus muros no la guardaban, ¿cómo habian de entregarla á su esposo? Manifestaron la verdad, y los Danaos no creyeron sus palabras, que siempre fué propio de la astucia recelar de la lealtad (1).

Despues de muerto París entregóse Helena á Deiphobo; cuyo amor costó la vida al desgraciado héroe (2) y Menelao, tomada Troya, volvió á compartir con Helena su lecho, como si jamás la nube del crimen hubiese empañado aquella frente, ni livianos amores manchado sus rosados labios. Esparta la acogió con estremecimientos de placer, como si sus campos recibiesen mas gratos aromas, y sus horizontes mas espléndidos colores por albergar á la hija de Júpiter. Resonó el canto de los poetas en el Olimpo, que se llenó de júbilo al contemplar á la hermosa reina feliz en su palacio, y Aquiles, como hemos dicho, burló á la muerte, y tomando vida, desde los eliseos campos voló á sus brazos; porque ni la purísima luz de aquellas bienaventuradas regiones centelleaba como los amorosos ojos de Helena; ni las armonias que ruedan sobre aquellos bosques encantados, producidas por las gotas de celestial rocío que caen en los frondosos árboles, eran mas dulces que sus palabras de amor y de ventura.

Para concluir, diremos que los dioses la recibieron en el Olimpo, y los hombres la fabricaron templos; porque á pesar de sus adulterios, fué siempre pura su alma. El destino hirió su frente con la clava de sus inflexibles decretos.

III.

Esta historia tiene un sentido simbólico. Vico en su *Scienza Nuova*, verdadero santuario donde la antigüedad depositó sus secretos, nos dice que en todos estos tiempos heróicos debemos buscar la idea oculta representada por las entidades históricas, que la tradicion nos presenta con todos los colores propios de la infancia de los pueblos. Nosotros mas que una relacion histórica vemos en la vida de Helena una leyenda, y mas que una leyenda el resumen de todos los principios de arte profesados por los antiguos tiempos.

La conciencia universal se ha elevado hasta la concepcion del ser absoluto, de la sustancia única. Asi, todo acontecimiento que pasa en el torbellino del tiempo es una modificacion de la idea única; donde toma su forma todo lo que se refleja en el trasparente espejo del espacio. El alma, contemplando con místico amor á la naturaleza, oyendo sus rumores, se perdió en su seno como la lluvia de los cielos en el inmenso abismo de los mares, y por esta union con la sustancia, alcanzó á escribir en caracteres de fuego al frente del inmortal libro de su ciencia la unidad eterna; idea que creó las armonias de las artes orientales, y los pavorosos misterios de aquellas tenebrosas religiones. Pero el hombre en el Oriente no tenia conciencia de sí. Perdido en un mundo de gigantes sombras, no acertaba á interpretar los rumores que confundian su mente ni á mirar la luz que deslumbraba su imaginacion.

(1) Ibidem, p. CXX.

(2) Virgilio, *Eneida*, lib. VI, v. 495 y sigs.

Arrullado por el suspiro de su inocencia no podia levantarse á beber su idea en la fuente única, infinita, de donde se deriba todo conocimiento. Ese mundo de la naturaleza que absorbe como insondable abismo el débil soplo de nuestra existencia se disipa como nube ahuyentada por el viento, cuando Grecia proclama la apoteosis de la idea humana. Entonces el universo palpita en el corazón del hombre, toma colores de su imaginacion, luz de su mente; se orna con las flores que le ciñe el arte humano y modula en la inmensidad los cantos que le enseñan los poetas. El hombre es todo. Lloro en el arroyo, luce en los astros, canta sus penas con los conciertos del aura, se embravece en el mar, agita blandamente las hojas de los árboles, sube de esfera en esfera hasta el cielo, y al encontrarlo vacío, lo puebla con las pasiones de su corazón, con las ideas de su mente.

¡Que maravillosa trasformacion sufrió el espíritu humano!

A los misterios sucedieron los cantos, á la dominacion de una clase la libertad de todos los ciudadanos; al arte basado en la muerte del yo el arte animado por el soplo vivificador del espíritu; al aniquilamiento de la humanidad arrebatada por la actividad de la naturaleza aquella poderosa fuerza que convertia los mármoles en dioses y las desnudas tablas en deslumbradores cielos. Mas en Grecia el hombre no fué tan solo la idea, fué tambien la forma. Confundido el pensamiento y su manifestacion, el hombre fué el tipo, el creador y la única forma del principio artístico y del dogma religioso. Y en estas consideraciones nos fundamos para sostener que la Historia de Helena es el conjunto de todos los dogmas del arte griego y el resumen de su vida al levantarse para dirigir su raudó vuelo á lo infinito: fin último de toda actividad, objeto de toda idea.

Helena es hija de Júpiter y de Leda, es decir: Helena es hija de lo invisible, de la inspiracion, y de lo visible, de la naturaleza, de la forma. He ahí los dos principios constitutivos del arte. Si nace en las aguas como Venus, es sin duda porque los griegos hacian al agua la sustancia generadora del mundo.

Su hermosura en nada á la naturaleza se parece. Ni el resplandor de los cielos luce como su frente, ni los coros de astros que velan sobre la dóruida tierra son mas numerosos que sus gracias. Su belleza no tiene límites como la belleza del arte. Es la vision purísima que adormece al divino poeta Homero cuando canta, la idea que tiñe con sus reflejos la frente de Fidias cuando anima el mármol. Es la hermosura perfecta, porque vive en el cielo de las ideas; la hermosura que, alejándose del mundo, va á perderse como los sueños de los dioses en la luminosa region de las eternas armonias. Desde tan alto punto, como tipo de toda obra artística exhala un suspiro de amor, y la naturaleza palpitante de esperanza se transfigura y hermosea en su purísimo seno.

Asi se explica cómo los indomables héroes caen de rodillas á sus pies y adoran su hermosura, como su amor nunca se agota ni su belleza se empaña; como objeto de tantas caricias, juguete de tantos caprichos, se conserva siempre pura; cómo despues de haber caido en brazos de París, Egipto proclama sus virtudes, y destruida Troya, Grecia la recibe en sus palacios y levanta á su memoria preciosísimos é inmortales templos. Es la idea que embriaga todas las inteligencias; el amor que trastorna todos los

(1) En Theseo.

(2) Heródoto, lib. IX, p. LXXXI.

(3) Pausanias, lib. II.

(4) Heroidae. Epistola Helenae.

(5) Esquilo. *Agamenon*, v. 410.

(6) Libro *Heuterpe* de su Historia, p. CXII.

corazones; la armonía que el alma entiende, sin que la razón sepa analizarla; es en fin, el arte, pero el arte griego, que por más alto que se levante y más grande que aparezca, es pantheista, como patrimonio de todas las clases, como estrella de todos los entendimientos. Así, cada uno de los héroes que la adoran representa una de las nacionalidades de la Grecia, y en el día en que el peligro de perderla amenaza, se levantan todas las nacionalidades distintas á rescatarla; porque Grecia comprende que Helena es el título sagrado con que ha de presentarse un día á pedir á la gloria el laurel de la inmortalidad.

El Oriente comprende que el viento del destino arrebató de sus sienas la diadema de las artes. Presiente que Grecia está destinada á dominar el mundo por la fuerza de su inteligencia y por el poder de su gloria. Sabe que su ser se le escapa, porque la idea primordial que preside al desarrollo del espíritu humano, abandonando sus templos, vuela conducida en alas de las auras á otras regiones y á otros horizontes. La humanidad despierta de su letargo. Nuevo Adán arranca sus misterios al mundo de las sombras, y se envuelve en el manto de la divinidad con que había ornado á la naturaleza. El Oriente, fiel á su destino, no puede consentir que el hombre, esa pasajera aura de una tarde, quebrante con fuerte planta la cabeza de sus misteriosos dogmas. Así, envía á su hijo Páris á arrebatarse la idea, la inspiración artística á la Grecia.

Pero todavía su poder no ha muerto y logra que el arte se acuerde de que sus adoradores primeros fueron los orientales, y se abandone á sus brazos para respirar las auras, que arrullaron la cuna de la humanidad.

Entonces dos mundos, dos civilizaciones empuñan sus espadas, y se lanzan arrogantes al combate. No pelean por una muger, no; pelean por el porvenir de sus razas, por la idea que los anima, por el presentimiento de que al arruinarse una de ambas civilizaciones arrastrará en sus escombros sus dogmas y sus artes. En esta guerra gigantesca lucharán las fuerzas como un resultado de las ideas. Sí, á orillas del Escamandro se reúnen legiones innumerables como las flores de la primavera, con armaduras más relumbrantes que encendidas selvas; en Africa la sabiduría griega personificada en Ulises y la sabiduría oriental personificada en Antenor combaten con las armas de la razón por Helena; por aquella hermosura, á cuyas plantas sacrificaba Grecia sus hijos, y vertía Troya su sangre.

El Oriente no había arracando más que la forma. La idea se evaporó en los brazos de Páris. Sensual, pidió amor, y los dioses le condenaron á gozar una sombra. Si hubiese pedido sabiduría, inspiración, Helena fuera suya, y Grecia, falta de su idea, hubiera dormido tal vez para siempre en brazos del olvido. Se dejó arrastrar por el materialismo, y murió castigado por su propia elección; porque el materialismo en arte y en filosofía es infecundo para crear é impotente para conocer. Pero fué necesario que el principio fundamental del arte griego volase á Oriente, para que no se rompiera la mística y hermosa cadena que con indisoluble lazo une todas las manifestaciones del espíritu humano. Helena, al volver á Troya, trajo en su frente los misterios del arte oriental. y en sus ojos la luz espléndida de aquel ardiente sol. Así fué el ser misterioso que vió nacer de su corazón la literatura más grande que han cultivado los hombres.

Helena fué inmortal, y por su hermosura voló á los cielos como ráfaga de luz que volvía á su sol.

Los ródios y los lacedemonios alzaron templos para honrar su memoria (1). Sthesíchoro que se atrevió á insultarla quedó ciego, porque cómo un poeta podía desconocer la grandeza de aquella musa que en ondas de luz transmitía a su mente las revelaciones del arte (2)? Las vírgenes deformes se trasfiguraban en su templo, recibiendo resplandores de purísima belleza como la humanidad se trasfigura en el cielo de la poesía (3). Castor y Polux ascendieron por ruegos de su hermana al trono de los astros, porque el arte, que es una oración infinita exhalada en nubes de aroma, en torrentes de armonía, tiene poder para ceñir la frente de sus sacerdotes con la inmortal diadema de la gloria (4).

Helena tomó el nombre de la civilización griega, porque fué el símbolo de todas sus aspiraciones. La humanidad ha convenido en dar á todas las ideas santas y consoladoras nombres femeninos: *La virtud, la gloria, la felicidad, la inspiración, la poesía, la fé, la esperanza*. Virtus, gloria, fides, poesis, spes, etc.

¿Será Helena también ó su nombre un símbolo? De cualquier modo su vida poética, sus amores tienen mucho de maravilloso. Su influencia es misteriosísima. Ahora la veremos aparecer en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginación los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

(La conclusión en el número inmediato).

EMILIO CASTELAR.

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ EL DÍA 11 DE MAYO DE 1862.

«Señores: Llamado por vuestro voto á llenar el vacío que en esta Real Academia dejó la pérdida de un hombre ilustre, deber es mío, antes que todo, consagrar algunas palabras, siquiera sean breves, al recuerdo de esta desgracia. Poco más há de un año que aun se contaba en el número de los individuos de esta Corporación el Excelentísimo Sr. D. Antonio Gil de Zárate. El infatigable escritor, cuya nombradía es una de las más gloriosas en los anales de nuestra literatura contemporánea, ocupando un puesto que tan legítimamente había conquistado, precedió al hombre oscuro que hoy se presenta á sucederle, sin títulos que plenamente justifiquen vuestra benevolencia. Consagrado el primero al servicio de su patria desde la juventud, en el teatro, en el periodismo, en los altos destinos públicos, á todas partes llevó su imaginación lozana, su inteligencia madura, su criterio sazonado. Pero el autor de *Doña Blanca de Borbon*, de *Carlos II el Hechizado*, y de tantas otras obras dramáticas de un mérito reconocido, no necesitaba por cierto de mayores títulos que el de poeta para merecer la honrosa posición en que hoy le heredo: y el pueblo español, que no es tan ingrato para con sus hijos ilustres como quiere suponerse, conserva el recuerdo de Gil de Zárate como el de una de sus glorias literarias.

¡Así pudiera el que ahora os habla presentarse á vosotros con iguales merecimientos! No sería en este momento tanta su turbación, ni tan grande su desconfianza. Porque desconfianza, y muy grande, temor, y no poco, debe sentir el que, teniendo el convencimiento de su poco valer, y sin la osadía, que á veces su-

ple el talento, se vé hoy obligado á dirigir la palabra á esta Corporación, compuesta de tantos y tan distinguidos ingenios. En esta desconfianza está la verdadera causa de la poca ó ninguna impaciencia que he mostrado por llamar á estas puertas; y acaso no lo hubiera hecho nunca, á no haberme animado á ello personas á quienes amo y respeto.

Y no creáis que para decir esto hay nada en mí de aparente, ni aún de verdadera modestia; al contrario, mucho y legítimo orgullo abriga quien hoy os merece honra tan señalada. El que, hijo de pobres y humildes padres, teniendo por punto de partida un origen modesto, se vé hoy colocado en una de las posiciones más envidiables á que puede aspirar el hombre de letras, algo habrá hecho para ello; algunos esfuerzos, si no de talento de laboriosidad y constancia, ha debido llevar á cabo. Yo quiero á lo ménos creerlo así, más por justificar vuestra elección que por satisfacer mi amor propio.

Tampoco es un vano alarde el que me hace recordar mi nacimiento: está íntimamente enlazada esta memoria con el asunto que va á ocupar vuestra atención. Humilde es, señores, el nuevo Académico; humildes son sus aspiraciones y para que en todo en él corresponda á esta cualidad, permitidme que vuelva los ojos hácia los días primeros de su existencia, y pida al pueblo, en cuyo seno ha nacido y se ha formado, el objeto de su discurso: la índole poética del pueblo español, ó más bien la misma poesía vulgar castellana, será el asunto en que habré de ocuparme, si no con la crítica elevada que requiere, con el cariño al ménos que siempre me ha inspirado. Esta elección tiene para mí la incomparable ventaja de excusarme muchas dificultades: la sencillez del asunto casi excluye todo alarde de erudición recóndita; y salvado este escollo, ya no me será tan difícil marchar derechamente á mi objeto.

Me atrevo á esperar que no por pequeño merecerá menos vuestra consideración el asunto. Diversas flores brotan de la tierra, unas cuidadosamente cultivadas por la mano del hombre, otras que nacen por el único esfuerzo de la naturaleza: más bellas y más ricas de perfume son en general las primeras; pero la ciencia, así estudia y considera á la campesina amapola como á la mimada rosa de los jardines. Flores silvestres son las poesías populares, que nacen sin cultivo; pero que suelen admirar por su frescura y lozanía.

Y prosiguiendo en esta comparación, yo creo, Señores, que para conocer la disposición intelectual de un pueblo, una de las primeras cosas que se deben estudiar es la poesía del vulgo, como se estudia la calidad de un terreno por medio de sus productos naturales. La literatura que procede de las clases elevadas, y que es hija del estudio y del cultivo de la inteligencia, puede sufrir influencias extrañas, modificaciones que la aparten de su origen. Dígame la nuestra, que, especialmente desde principios del siglo XVIII hasta nuestros días, ha cambiado repetidas veces de índole y de forma, ya imitadora, ya esclava de otras literaturas. Pero el pueblo, menos dispuesto á recibir el influjo de extrañas ideas, por su alejamiento de la vida intelectual, conserva con más pureza su primitivo carácter: el nuestro, unas veces ingenioso, otras sentido, muchas epigramático, y no pocas sentencioso, es hoy el mismo pueblo de quien brotaron aquellas sentencias ó agudas máximas de sus proverbios, aquellos deliciosos cantares que nuestros poetas de los buenos tiempos glosaban en sus comedias. Para él no ha habido escuelas, ni decadencia, ni renacimientos, ni culteranismo; y si ha admitido, como era natural é inevitable, las modificaciones por que ha pasado nuestro idioma, todavía ha conservado muchos arcaísmos, como si quisiera protestar de violencia en este punto.—Tiempo es ya, me parece, de formular con la claridad posible la tesis de mi discurso y la manera en que me propongo presentarla á vuestra consideración.

Así como al decir «las poesías de Horacio, de Petrarca, de Fray Luis de León ó Meléndez», entendemos todos que se trata de las obras que dejaron escritas aquellos eminentes ingenios; así al discurrir en esta ocasión acerca de la *poesía del vulgo*, entiendo (y ruego á este ilustrado Concurso que lo entienda también en el propio sentido), no el conjunto de obras de poesía que, compuestas por diferentes autores nada vulgares, continuamente suenan en boca del pueblo, sino aquellas que, sin nombre de autor, son indudablemente obra de individuos nacidos, crecidos, y en su vida y tras ella confundidos en las últimas clase de la sociedad, en lo ménos brillante del pueblo, en esa gran masa de hombres, que unos llaman *plebe*, otros *clase inferior*, vulgo otros, y algunos designan con nombres ménos caritativos. No me propongo hablar de la poe-

(1) Pausanias, lib. III.

(2) Idem.

(3) Herodoto, lib. VI, p. LXI.

(4) Isócrates. Apología de Helena.

sía que el pueblo aprende, sino de la que él mismo produce; no de la que se populariza en él, viniendo desde mas arriba, sino de la que saliendo de él, y extendiéndose en su ancha esfera, sube tal vez á regiones más elevadas; no, en fin, de la poesía que recibe, sino de la que fabrica para su uso, la propaga entre sus iguales, y tal vez la ve prohijada por otros, muy distante de pretenderlo.

Buscando esta poesía en sus diferentes manifestaciones ó formas, hállola en tres: los refranes, los cantares y los romances, reconocidos como obra del vulgo; porque refranes castellanos, y no pocos, hay que son pensamientos de insignes filósofos de la antigüedad; canciones y romances leemós, que fueron escritos por los mas aventajados poetas del Parnaso español.—Para no amedrentaros con lo vasto de la materia, me apresuro á deciros que de los romances vulgares nada hablaré, porque ya Académicos y otros escritores eminentes han dicho sobre esta materia cuanto era necesario para dejarla completamente conocida y juzgada. Me limitaré, pues, á tratar de nuestros refranes y nuestras canciones de pueblo.

Y no extrañéis que incluya al refran entre las obras de poesía: por el pensamiento, con justicia lo reclaman algunos; por la expresion, casi siempre marcada con el consonante ó el asonante, muchísimos, los más, tienen derecho á ello. En el orden natural de los fenómenos intelectuales, en el desarrollo gradual de la aptitud y actividad poética del pueblo, considerándole como un solo individuo, parece que el nuestro principiaria formulando el refran, compuesto de una frase breve, dividida en dos partes, señaladas con la rima entera ó la media rima, pasaria despues á la copla de cuatro versos octosilabos, y de la reunion de unas cuantas coplas resultaria el romance. Dicen los eruditos que la obra de poesía castellana llamada *romance* no es muy antigua: no lo sé yo; pero sospecho que si el romance vulgar se formó de la copla cantada por el pueblo, el *romance* debe ser tan antiguo como la lengua, que llamamos tambien *romance*. Poemas tenian ya en su lengua los turdetanos ántes que los ejércitos de Roma invadiesen á España; Estrabon nos lo dijo; y Lucano, Séneca, Marcial y otros españoles derramaron tesoros de poesía en el habla de la nacion invasora. Los romanos introdujeron en España los espectáculos teatrales; y prescindiendo de otras causas naturalísimas, basta que haya teatros en un país, para que haya en él poesía popularizada ó vulgarizada, y poesía de pueblo. Nace el poeta lo mismo bajo el techo de la cabaña que entre cortinajes de púrpura; las circunstancias que los rodean hacen de uno el poeta de profesion, y de otro el poeta (digámoslo así) de la sensacion ó de las ocasiones. Figurémonos, en la época de la dominacion imperial romana, una fiesta teatral celebrada en Mérida, en Tarragona ó en cualquiera otra ciudad populosa de nuestra península donde el poder de los emperadores habia construido teatros. Figurémonos que en aquel ancho escenario, delante de las graderías de piedra formando espaciosos semicírculo, donde á la luz del sol, templada con toldos de vistosa tela, se sentaban millares de hombres de todas las clases del Estado, se representaba, ó (por mejor decir) se cantaba, una tragedia en latin, ó una comedia, y un drama satírico: supongamos, en fin, que entre tantos espectadores hubiese algun humilde labrador de los próximos campos, algun carpintero, albañil ó armero de la ciudad, capaz de sentir los encantos de la música, capaz de espesar en palabras armónicas un rasgo de inspiracion poética de esos que apenas hay hombres que no los tenga en algun momento de la vida. Este hombre alguna vez recordaria y repetiría en su casa tal ó cual verso, tal ó cual breve estrofa que le habia recreado mas el oido y el entendimiento; este hombre, que suponemos dotado de instinto poético, alguna vez tambien, escitado por el placer ó por el pesar en algun acontecimiento que ofreciese tal cual semejanza con aquel trozo que se llevó del espectáculo su memoria, prorrumpiria espontáneamente en una combinacion métrica y música semejante: así, ignorando tal vez que un ciudadano insigne de Roma con el nombre de Horacio hubiese escrito en exámetros un libro de arte poética, aquel hombre del vulgo habria producido una breve obra de poesía. De este modo, sin subir á la sociedad primitiva donde el primer poeta no aprendió de nadie, tendríamos en aquel antiguo español, cuyas circunstancias os he trazado, un poeta del vulgo, hombre sin instruccion ninguna, pero con imaginacion, con sensibilidad y con buen oido: como él habria seguramente muchos entónces, lo mismo que los hubo despues y los hay ahora. Á la invasion de los romanos, introductores de los espectáculos escénicos, acom-

pañados siempre de música, sucedieron los invasores del Norte, furiosos enemigos de los teatros: atropelláronlos todos y destruyeron muchos en el primer ímpetu de la conquista; consintieron su uso despues, bien que depojados ya de su antigua pompa, y entregados á mezquinos juglares, en quienes á cada instante recaia la desaprobacion de la Iglesia: de suerte que la poesía y la música de los teatros, ennoblecidas por los romanos, hubieron de quedar abandonadas al ínfimo vulgo durante la dominacion de los godos. Aun así continuaron, y probablemente durarian hasta morir con ella.

Cayó en los campos de Jerez la monarquía de Recaredo: los árabes triunfantes ocuparon casi toda nuestra península; los juglares de Witiza y Rodrigo enmudecieron en presencia de los nuevos dominadores de España; creció la yerba sobre los teatros que perdonara siglos antes el furor de las hordas vandálicas; pero el espíritu poético de los españoles sobrevivió á la rota del Guadalete, y Álvaro de Córdoba, más de un siglo despues (en 864), acusaba á los cristianos de que, sin saber su lengua, se explicaban con harto primor en árabe, y componian versos en este idioma. Pero Álvaro no veia desde Córdoba, tiranizada por los infieles, el distante, casi imperceptible reino de Alfonso el Casto y Ramiro I; que si los muzárabes, compañeros de servidumbre de Álvaro, aliviaban sus penas con pulidas canciones en una lengua que jamás debieron admitir por suya, no mandaban en Oviedo los moros; el aborrecido son de su habla moría sin eco en las faldas de los montes, baluarte santo de la libertad española. Tambien para el idioma del Lacio, traído acá por otros conquistadores, habia llegado la hora del silencio y la muerte: los rudos, pero sencillos y nobles acentos de una lengua nueva, se estrenaron quizá para llorar la espantosa catástrofe de los siete días, para cantar el milagroso triunfo de Covadonga. Nada sabemos de la poesía popular perteneciente á la época de los godos, nada de la que sonó con los primeros vagidos del castellano: el *Poema del Cid*, monumento el mas antiguo de nuestra poesía romance, no pudo ser obra de un juglar indocto: poesias de tres mil setecientos versos no las produce el vulgo; pero es imposible que, ántes de ese poema grande, no hubiese en España infinitos poemas pequeños: anterior al templo de cien columnas, fué la humilde choza sostenida por toscas estacas; ántes de construir el soberbio acueducto que sobre arcos, sostenidos en otros arcos, lleva las aguas por el aire, se sangró al rio con angosto reguero, que por leve hondura, excavada en tierra, condujese á la sedienta heredad linfas vivificadoras. Primero que el *Poema del Cid*, cuyos versos no se pueden resolver en coplas de romance octosilabo, debió cantar el vulgo coplas compuestas de cuatro versos en esta medida; primero que se formara la seguidilla con estribillo compuesta de siete versos, los tres de siete sílabas, y los otros cuatro de cinco, de seguro compusieron los poetas vulgares de España seguidillas de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas, y de cinco los otros. El asonante ó el consonante es requisito necesario de la poesía en todas las lenguas neolatinas: el asonante y el consonante precedieron en el latin de los tiempos medios á la formacion de las lenguas modernas, y de donde tomamos las palabras para la poesía, de allí mismo se hubo de tomar el metro y la combinacion de los sonidos; esto es, la medida ó la cuenta, y la consonancia. En el monumento mas grande y bello de las musas latinas, la *Eneida*, no dejan de aparecer acá y acullá parejas de exámetros con rima entera, ya juntas, ya interpoladas con otro exámetro. En el libro II, los versos 625 y 626 terminan en *ferebat* y *volebat*; en el II, el 124 y el 125 nos ofrecen los consonantes finales *canebant* y *ridebant*; el 341 y el siguiente, *Coraeus* (1) y *diebus*; el 460 y el 462, *astra* y *castra*; en el libro III, ya cerca del fin, *moventem* y *petentem*; el 189 y el 190 del 4.º, *replebat* y *canebat*; el 256 y el 257, *volabat* y *secabat*; el 604 y el 606, *tulissem* y *dedissem*. *Volantem* y *vocantem* leo en el libro V, *Diores* y *honores*, *fremebant* y *jubebant*; en el VII, *ciebat* y *tenebat*, *potentem* y *serentem*; en el VII, *sedebat* y *gerebat*, *aras* y *tiaras*; en el VIII *petebat* y *agebat*, *vomentem* y *rigentem*, *jubebat* y *premebat*; en el IX, *ruebant* y *tenebant*, *recentem* y *nitentem*, *habena* y *arena*, *subisset* y *fuisset*, en el X, *arator* y *viator*; en el XI, *ruentem* y *parentum*; en el último, *sororem* y *honorem*, *furorem* y *sororem*. Leo tambien en el *Arte poética* de Horacio *seniles* y *viriles* en dos versos contiguos, y aquellos tantas veces citados por la importancia de la regla que expresan:

(1) Estos dos serian asonantes primero, aunque hoy son consonantes para nosotros.

*Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,
Et quocumque volet, animum auditoris agunt.*

El asonante se halla en los versos de Virgilio y Horacio, y de todos los poetas latinos, con bastante frecuencia; el asonante y el consonante eran extraños á la poesía de aquella lengua, cuyo ritmo estribaba solo en la combinacion armónica de grupos de sílabas, ya largas, ya largas con breves: los consonantes y asonantes que hallamos en la *Eneida*, en la *Epistola á los Pisones* y en otros poemas, ¿serán meras casualidades, efecto de que el poeta no buscaba para el remate de sus versos palabras de terminacion igual ó casi igual ni huia de ellas? No, porque entónces esas casualidades hubieran debido repetirse mas. ¿Diremos que son descuidos de poca monta, nada reparables en obras de tanta? Pero Virgilio y Horacio no escribian ni con prisa ni con desaliño. ¿Harian eso por bizarría de ingenio, por gala, por variedad, por interrumpir con algunos versos de terminacion semejante las extensas tiradas de versos con terminacion diferente? Por completo lo ignoro; sin embargo, cuando en las poesias latinas de los siglos VI, VII y VIII, veo ya frecuentísimo el uso de los asonantes, de los consonantes y de otras terminaciones de palabras que, teniendo cierta igualdad, no son para nosotros asonancias ni consonancias (1) no puedo menos de persuadirme que, desde la época de Octavio, lo menos, esa semejanza de sonidos era muy del gusto de la plebe romana, (2) y que los consonantes de la *Eneida* son una concesion hecha por el autor al oido del pueblo. El *dulcia suntu* de Horacio con su *animum auditoris agunt*, sería probablemente una regla poética, vulgarizada ya cuando el favorito de Mecenas versificó su epistola; sería una especie de refran literario, que corria vulgarmente en aquella forma como el refran ó proverbio moral, adornado tambien de la consonancia, que cinco siglos despues dejó formulado San Eugenio III, metropolitano de Toledo (3):

Qualis vultus erit, talia corda gerit,

(segun la cara, es el corazon). Como otro proverbio del mismo Santo, formulado en el dístico:

Conjugis et nati vitia vix nosse valemus;

Quodque domi geritur, postremi scire solemus:

(proverbio que se sustituyó en Castilla con el de *Trasquilante en consejo y no lo saben en mi casa*.)

Como otra máxima del propio prelado, expresada tambien en versos de igual desinencia:

Virginitas carnis intacto corpore habetur,

Virginitas animi fidei integritate tenetur.

Como este verso, en fin, con una asonancia en medio, correspondiente á la palabra con que concluye;

Recta fides sensum pandit, non credere claudit.

Con estos ejemplos, que pudieran ser más, queda en mi concepto, probada la antigüedad de los refranes ó proverbios rimados: antigüedad anterior á la formacion del lenguaje, que despues recibió el nombre de castellano. Lo mismo se puede decir de la copla de cuatro versos octosilábicos. Versos de ocho sílabas forman aquellos del *Pervigilium Veneris*: *Ver novum, ver jam canorum*:—*ver renatus orbis est... Sed tamen, Nymphae cavete,—quod Cupido pulcher est*, é infinitos hemistiquios de otros poemas, que es ocioso citar aquí; y volviendo á saltar desde los principios del imperio romano á la conversion de los godos al catolicismo en el año 586, hallo estos seis versos, que componen la estrofa última de un himno cantado en una basílica de Toledo poco tiempo despues (4):

Ut tibi per onne soeculum,

Trinitas Sanctissima,

Sit honor, inmensa virtus,

Et perennis gloria,

Qui Deus in Trinitate

Permanes in soecula.

Los tres versos impares de la estrofa leida constan de ocho sílabas, y cada verso termina con una dición

(1) Como en la inscripcion del obispo Sefronio, año 550. Véase á Moya (Jácome Caspitran), *Excavaciones de Cabeza del Griego*.

Sefronius tegetur tomolo Antestis in isto,
Quem rapuit populis mors inimica suis,
Qui meritis sanctam peragens in corpore vitam,
Credetur aetheriae lucis habere diem.
Hunc cause meserum, hunc querunt vota dolentum,
Quos aluit semper voce, manu, lacrimis, etc.

(2) Y más adelante la usaban hasta los emperadores: recuérdese el dicho de Caracala aludiendo á su hermano Geta: *Sit Divus, dum non sit vivus*.

(3) *Patrum Toletanorum Opera*. (Madrid, 1787, tomo I).

(4) Véase el tomo I de la excelente *Historia crítica de la literatura española*, que está publicandose el Sr. D. José Amador de los Rios, páginas 481, 506 y 507

que no consuena con ninguna de las otras finales de verso; los tres versos pares constan no de ocho sino de siete sílabas; pero los tres terminan en *a*. Recordemos ahora el himno de Santo Tomás: *Pange lingua gloriosi corporis, mysterium*, que hoy mismo se canta alargando la última sílaba de los versos pares, pronunciando *mysterium, pretium* y *gentium*, haciéndolos consonantes agudos en *um*, y convirtiendo así el verso de siete sílabas en verso de ocho, con arreglo á nuestra poética; y permítaseme por esto creer que en el himno cantado el año 587 en Toledo, alterada ya la recta pronunciación latina, ó buscando el poeta godo, como el sol de Aquino, la igualdad de la frase música á despecho de la prosodia, la estrofa que antes he tenido la honra de leerlos, se debió acentuar de este modo:

*Ut tibi per omne saeculum,
Trinitas Sanctissimá,
Sit honor, immensa virtus,
Et perennis gloriá,
Qui Deus in Trinitate
Permanes in saeculá.*

Así, en el año 587, esto es, mil doscientos setenta y cinco años há, tendríamos el modelo de la copla de cuatro versos octosílabos castellana, y aún el modelo del romance agudo de tal medida.

La pauta para la seguidilla de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas, el segundo y el cuarto de cinco, se pudiera encontrar aún más arriba.

Nuestro verso de cinco sílabas es un adónico, no compuesto de un pié dáctilo y otro espondeo, sino de un dáctilo y un troqueo, como aquel de Horacio: *aestuatu unda*; (1) como aquel otro, *clamor et ira*; (2) y como todos los demás adónicos, donde es breve la última sílaba, porque para los romanos era indiferente la final del verso, el de siete sílabas nuestro equivale también á los versos latinos septisilábicos, donde ocurría ser breve la última sílaba, como en *cur neque militaris, ó funera ne virilis*, (3) también de Horacio. Aparte de esto se observa que pronunciando impropia mente á la neolatina las voces que, perdida ya la cantidad silábica, no se pronunciarían muy correctamente en España, ni en otra parte, al transformarse el latín en romance, nos encontramos en los versos senarios ó de seis pies, que usaron Fedro y los Sénecas, una porción de medias seguidillas, seguidillas enteras á veces, aunque sin rima, y á veces hasta con el asonante ó consonante que les corresponde.

En la fábula 4.^a, libro II de Fedro, se lee:

*Derepit ad cubile
setosae suis:
«Magno, inquit, in periculo
sunt nati tui».*

En el *Hipólito* de Séneca, versos 597 y 598:

*Forsan jugali crimen
abscondam face.
Honestam quaedam scelera
successus facit.*

Versos 621 y 622:

*Cives paterno fortis
imperio rege,
Sinu receptam, supplicem
ac servam tege.*

En el *Hércules furioso*, versos 817 y 818:

*Pronumque retro vexit,
et movit gradu.
Tunc et meas respexit
Alcides manus.*

Versos 1,039 y 1040:

*Nondum litasti, nate:
consumma sacrum.
Stat, ecce, ad aras hostia;
expectat manum.*

En la *Tebaida* versos 200 y 201:

*Quis jam Deorum (velle
fac) quidquam potest
Malis tuis adjicere?
Jam nec tu potes. (4)*

Quizá no sea temeridad suponer que del teatro declinó esta combinación á los cantares del vulgo romano español, y después al vulgo español castellano. Del

(1) En la oda 4.^a del libro II.

(2) En la oda 7.^a del libro III.

(3) En la oda 7.^a del libro I.

(4) Pudieran ser muchas más estas citas, sacadas de las tragedias atribuidas á los Sénecas; pero se omiten otros ejemplos, porque bastan estos, y porque en otros los versos asonantados, aunque forman seguidilla, dejan incompleto el sentido.

latín hicieron en los principios nuestros mayores una lengua nueva y análoga á la antigua; de los metros latinos debieron hacer también metros nuevos y parecidos: los hijos sacaron la fisonomía de la madre. Hablamos ya de la fisonomía de los hijos.

(La conclusión en el número próximo.)

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR

DE LA ARQUITECTURA EN ESPAÑA.

Artículo II.

Bosquejada ligeramente el estado de nuestra arquitectura al rayar la aurora de este siglo, veamos lo que ha sido durante nuestros días.

Aun no acababa de sonar el estampido del cañón en Bailen y Zaragoza, aun no se había acallado el clamoreo de las Cortes de Cádiz, y ya de nuevo estallaba la guerra fratricida enrojeciendo con sangre española el suelo clásico de la hidalguía y del honor. Cuando se concita al combate bajo la bandera de un principio, cuando el entusiasmo arrebató los corazones y pone en las manos el hierro de la justicia y las venganzas, aun puede el orador arengar las masas que conduce á la pelea, aun puede el poeta mover todos los resortes del alma, enardeciendo al héroe que espira por la libertad y por la patria, y aun puede el pintor reproducir con sus pinceles las sublimes escenas, que en medio de la desolación y muerte, presenta un pueblo de titanes que lucha.

Las artes que se alimentan y viven en el fuego volcánico de las pasiones, cobran entonces todo su incremento, vigorizando con sus valientes concepciones, el ánimo de vencedores y vencidos. Las artes que han menester de la paz, de la riqueza, del poder y de la felicidad, no solo se detienen asombradas en medio de su carrera, sino que echadas por tierra al furibundo empuje de las turvas armadas de ensangrentados aceros y encendidas teas, pasan estas de tropel por encima de ellas, gozándose en ajar bajo sus inmundas plantas, su bello y esplendoroso manto.

Tal le sucede á la Arquitectura, que si en medio de la pelea levanta parapetos de tierra, húndense á sus espaldas los templos y los palacios fastuosos. Los huecos proyectiles no perdonan ni la dorada techumbre del alcázar moro, ni la enhiesta aguja de la iglesia ojival. Los corceles rompen con sus herraduras el rico pavimento del venerando templo que impiamente les sirviera de cuadra. El asilo de los hombres de ciencia, la casa solariega de nunca manchados blasones, el hogar de la virtud y del reposo, todo es cuartel de la desenfrenada soldadesca, que para pasar el ocio blasfemando al rededor de la lumbre, queman en ella los retablos y los altares. ¿Saben ellos si sus bellezas pertenecen al renacimiento, ó al arte de Bizancio ó de Roma? ¿Y qué les importa la belleza si ultrajan la divinidad?

La guerra sobre la arquitectura es el fuego sobre el combustible, el puñal del asesino sobre el corazón de la víctima inocente, el géneo del mal que bate sus negras alas sobre el géneo del bien dormido en magnífico lecho. La poesía incita, se envenena y brama. La música eutona himnos precursores de la muerte y la destrucción. La pintura se recrea en los cuadros horribles y en las catástrofes.

Hay artes pues, que como apuntamos arriba, se encienden al soplo de la guerra. La Arquitectura desfallece al contacto de su hálito, helado para ella. Si algo hace, es desgarrar sus hermosas vestiduras para restañar la sangre de los

combatientes, es defender al hombre con baluartes alzados sobre los escombros de sus bellos palacios y basílicas.

Diez años de guerra sobre un país son suficientes á concluir con sus gérmenes de vida, y á demoler hasta el último monumento. Diez años de guerra fratricida encarnizada cual la nuestra, cayendo como una lluvia de fuego sobre un pueblo que tan pocas obras públicas y civiles acaudalaba, bastan para consumir hasta el último cimiento.

Pero no lo ha hecho la guerra todo, también ha trabajado la codicia. Espulsados los poseedores de sus casas conventuales, quedaron á la merced, no del mejor postor, sino del más atrevido, los únicos edificios que poblaban las aldeas y ciudades de España. La venganza, la ira, no diremos cuantas pasiones más, acercaron á los conventos las teas y las picotas, dando al traste con mil bellezas monumentales, que no estaban manchadas con el espíritu de la insidiosa teocracia. Donde una soberbia fábrica alzaba sus cúpulas gigantes, mirase una plaza, so pretesto de comodidad pública, no queriendo averiguar ahora si tantos y tan repetidos conventos, eran comodidad del ciudadano y del creyente. Muchos fueron comprados á ruin precio para usos no menos baladies, sin que se exceptuasen de la venta la estatuaría, el exorno de los altares, ni ninguna de sus galas artísticas. Para carbon, lo mismo vale una efigie de Montañés, Berruguete ó Torrijano, que un mal simulacro de escultura. Los cuadros, como más fáciles de conducir hallaron diligentes negociantes que á bajo precio los pasaran al extranjero, no sin ganar en el cambio una decente prima. En punto á los altares y retablos, consignado está que algunos se vendieron por leña, no faltando quien se entretuviera después en raerles el oro, para no salir perjudicados en la compra.

El trastorno de una guerra no es la ocasión más propicia para establecer oficinas de desamortización. La premura exigía vender pronto y á cualquier precio. No había compradores mientras los poseedores tenían las armas en la mano. En cualquier punto del globo hubiera sucedido otro tanto, pero no por esto dejó de ser un mal gravísimo para nuestra arquitectura.

¿Donde las comisiones de Monumentos, donde los aficionados á la arqueología, donde las Academias de Bellas Artes, donde en fin todas esas fuerzas conservadoras que luego han sacado la cabeza para velar por los restos del estrago? ¿Ay de aquel que hubiera pretendido contener con sus manos la rueda de la revolución!

Calló el estruendo de los cañones. Se quiso gobernar y más tarde reconstruir. ¿Pero que elementos había? Para descansar los soldados de la refriega, quedaron algunos conventos abandonados durante diez años á la inclemencia de la intemperie. Ruinosos conventos había solo para abrir las nuevas escuelas de enseñanza. Conventos aporcellados, mal contenían dentro de sus muros los condenados por las leyes de justicia. La administración civil acogióse al amparo de desmantelados conventos. La Hacienda pública, guardaba sus estancados tesoros, en conventos prontos á convertirse en ruinas.

Puede asegurarse que la gobernación de España, sus arcas, sus mejores fábricas y establecimientos de todas especies, guareciáanse después de la pasada tormenta, en los conventos que habían escapado de ella, no sin injuria y quebranto.

¿Necesitamos echar una ojeada sobre Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y las otras ciuda-

des de España? Sin salir del recinto de esta Ciudad, donde escribimos, los ejemplos se multiplican hasta la saciedad. La Cartuja lugar de oracion, retirado de Sevilla á la orilla opuesta del Guadalquivir, viste los jardines con nuevas galas, y acoge dentro de sus muros centuplicado número de obreros, que se consagran á la buena obra de Dios, no ya con las maceraciones y el ayuno, sino sirviendo á sus semejantes, dando lustre á su nacion, y purificándose de todo vicio por la virtud del trabajo.

El convento de San Gerónimo fué convertido en otra fábrica; pero esta vez se destruyó la obra de los hombres del espíritu, sin que produjese beneficio alguno á los hombres de los intereses materiales. Mas tarde fué este magnífico y desafortunado convento parte del presidio correccional, que se estableciera en San Agustin ruinoso hasta el extremo de haberlo denunciado nosotros oficialmente muchas veces á la autoridad, temerosos de que pereciesen bajo sus escombros multitud de desgraciados. El Pópulo, otro convento, sirve ahora de cárcel pública, no sin que fuese en un tiempo una medida muy prudente la traslacion de dicho establecimiento á semejante local; pues estaba enclavada la cárcel, desde muy antiguo, en la calle mas pública y central de la poblacion.

Fábrica es el convento de San Bartolomé como la Cartuja y en otro tiempo el de San Gerónimo, y sirven de cuarteles el Carmen, la Trinidad, los Terceros y otros. La *Merced* conserva las preciosidades del Museo y bajo sus techumbres se dán las enseñanzas de la Academia y Escuela de Bellas Artes. A Escuelas de párvulos y de primera enseñanza, se destinan los Menores, San Jacinto y no sabemos cuantos mas, y seria proceder en lo indefinido si llevásemos cabal cuenta de los conventos que como el de San Pablo y San Acasio se han destinado á oficinas de esta ó la otra clase, los que se han convertido en casas, ó los que son ya plazas públicas, despues de haber desaparecido.

Semejante modo de existir, sobre inconveniente y absurdo, era completamente imposible. Habia de absurdo y anómalo en esto; porque no habiendo ejecutado, jamás la Arquitectura obra alguna que no estuviese de antemano destinada á su objeto, sin poder servir racionalmente para otro; los establecimientos mas desacordes, los institutos que entre si pareciesen mas repulsivos, las aplicaciones mas incongruentes, tenian lugar por habilitar para todo en absoluto, lo que no se habia hecho nada mas que para una cosa; para congregarse y vivir sosegadamente en la contemplacion y el recogimiento.

Las dificultades que tal absurdo originaban, eran obviadas por el pronto, cometiendo absurdos no menos perniciosos. Estorbaba una bóveda, para establecer alguna máquina? No importaba esto; la bóveda venia prontamente abajo. Se necesitaban salones mas capaces que las celdas y aun los refectorios, tampoco esto deberia ser óbice; los muros se mutilaban sin piedad, siquiera esto afectase á la entereza de edificios por diez años abandonados al azote del tiempo.

Agregaciones y sustracciones caprichosas venian á destrozar los conventos, sin que por esto sirviesen mejor para sus nuevos destinos, que cambiándose cada dia, daban lugar á nuevos aditamentos y mutilaciones. La obra de la destruccion se aceleraba con esto.

Lo imposible de continuar los edificios de tal suerte consistia, en que se derrumbaban cuarteles y presidios, y en que los empleados

de las oficinas temblaban todos los dias por su existencia, comprometiéndose la de los transeuntes. Lo imposible de tal estado de la Arquitectura estribaba en que á poco que continuase, no se podria administrar el pais sino sobre un monton de escombros.

En tan temible conflicto el gobierno pensó al fin, que si difícil es dotar á un pueblo de sus obras civiles, mas difícil era improvisar profesores entendidos en la noble y sabia Arquitectura. Lo mismo pensó para las obras públicas, y este es su criterio respecto á la marina.

Al efecto creó la escuela especial ó superior de Arquitectura. Esta escuela, aunque esencialmente oficial, era en su fondo y formas parto de una revolucion radical.

Asi como al estruendo de la guerra habia desaparecido todo el órden politico de nuestras envejecidas instituciones, asi como las nuevas ideas parecian infiltrarse en el seno de las familias, para ejercer un influjo social en nuestra peninsula; así en las doctrinas arquitectónicas se operaba un cambio repentino y maravilloso que estaba en consonancia con nuestro progreso, sino es que marchaban dichas doctrinas á la cabeza de las mas avanzadas.

A la autoridad sin exámen sustitua el espíritu razonador, la discusion reflexiva, en todos los ramos del saber humano, Filosofía é historia, ciencias físicas, morales y politicas se estudiaban ya entre nosotros á la luz de la crítica. Esta era y es la verdadera autoridad que respeta nuestro siglo; sin acatarse mas principios que los suyos, ni rendir vasallage á otras ideas, procedan de donde procedan.

En prueba de su imparcialidad, la cartilla Vignolesca puesta en vigor por los enciclopedistas, levantada como bandera de esclusiva autoridad por los que blasfemaban de la divinidad por ser la raiz de todas las autoridades, esa *inquisicion* del arte arquitectónico establecida por los enemigos de los autos de fé y las hogueras, ese repugnante yugo del pensamiento impuesto al arte por los vociferadores de la libertad de la idea; sacudióse al fin, por la crítica, que como piedra angular formaba la base de la enseñanza en la nueva escuela especial de Arquitectura.

Abrióse en ella discusion solemne entre todos los estilos y épocas del mundo, estendiéndose los horizontes del arte monumental, mas allá de una Roma y Grecia puramente convencionales y mal amalgamadas. La historia registró los anales de esos pueblos con mayor veracidad, y hojeáronse tambien los de todos cuantos alcanzaron algun grado de civilizacion sobre la tierra. A las puntas inflexibles del compás sustituyó la Estética, ciencia de lo bello, que habia de establecer para siempre las bases de todo arte. A las cuentas de los módulos de una industria arquitectónica puramente especulativa y caprichosa, sucede el arte en fin, que si ajusta cuentas, es con la religion, las instituciones sociales y politicas, las costumbres, las ciencias, y en suma cuanto forma la vida intelectual, moral y material del hombre.

La escuela especial de Arquitectura aspiró á mas, formuló el pensamiento de una Arquitectura nacional y propia del siglo XIX.

Esto ya era demasiado en verdad. La arquitectura en todo pueblo y en toda época considerada, es el espejo mas claro donde unos y otros del todo y con exactitud completa se reflejan. Asi se ha dicho bajo infinitas y distintas formas; pero es necesario añadir ademas, que el arte arquitectónico no refleja, ni retrata lo que

no existe. El da sello y caracter á lo que es; si en un pueblo no domina un principio que lleve todas las fuerzas á un punto, la arquitectura no expresa nada, ni puede decirse que tiene vida. Ahora bien, España en el momento de salir del campo de batalla, curábase solo de cicatrizar entre escombros sus profundas heridas. Si legista al amparo de los derruidos conventos, no lo puede improvisar todo, y ora apelando á los códigos franceses, ya demandandoles algo á las leyes inglesas, calca sus nuevas instituciones sobre las de otros pueblos mas adelantados en la carrera de la libertad, sin poder elevarse á la esfera de la originalidad y la independencia absoluta. Destruida la política interior y exterior de tantos siglos, desfigurado el caracter de nacionalidad de nuestros abuelos, y teniendo España que crear un nuevo modo de ser. Sin elementos de ninguna especie para ello no ha sido posible exigirle mas; por el contrario, hay que maravillarse de lo mucho que ha intentado en tan pocos dias, de los pasos gigantes que ha dado hacia su verdadera nacionalidad. ¿Como pues habia de comenzar un arte nacional, si la nacion carece y carecerá por mucho tiempo de fisonomía propia, considerada en las altas regiones de su autonomía, vista interior y exteriormente? ¿Bastan solo los productos del pais, los usos, las costumbres que por fortuna conservamos, para dar colorido y animacion á un estilo arquitectónico, ó es preciso que sus manifestaciones procedan de las esferas mas elevadas del pensamiento, de las grandes revoluciones sociales, del mundo superior donde se engendra lo bello y lo bueno como polos al rededor de los cuales giran todas las ideas morales?

La prueba de que España no puede tener arquitectura Nacional mientras no se resuelvan los mas graves problemas de la humanidad; se palpa al considerar que Europa, que el mundo entero del siglo XIX, carece aun de arquitectura peculiar y distintiva.

Asi como el hijo de Dios aparece en la tierra para explicar la divina doctrina, cuando los pueblos estaban reunidos bajo el cetro de Augusto por las armas de Roma; asi la mas bella de todas las Arquitecturas, la Arquitectura Griega encuentra acogida entre los romanos para extenderse mas rapidamente sobre el haz del globo. El mundo creado por la ciudad eterna tiene un modo peculiar de ser, y aunque su arquitectura es prestada, es manifestacion de una unidad, de armonías admirablemente combinadas bajo el influjo de esa unidad, de un conjunto en fin, que se desenvuelve por sí mismo, bello y grande por donde quiera que se le considere.

La doctrina evangélica hace tornar todos los ojos á la luz que arde en las etéreas regiones del Eterno. El mundo antiguo que Grecia y Roma simbolizaron, cobra otra faz mas bella, mas sublime en la carrera triunfante del progreso. Al mundo gentilico sucede el mundo cristiano donde la humanidad se dirige á horizontes mas puros y dilatados, donde las aspiraciones son mas legítimas y elevadas, donde las armonías son mas bellas y la unidad tiene origen en Dios, bondad y belleza infinita por excelencia. Este mundo cristiano tiene su manifestacion en la arquitectura cristiana, lo mismo en Europa que en las regiones mas apartadas del Asia, siquiera se aclimate en cada punto de la tierra, cediendo en las formas parciales, á las condiciones de zona y de lugar. Europa feudal, aunque no igualmente dominada por el mismo principio social que la rige, es de algun modo, y tal cual es, se refleja en su arte monumental.

Europa arrastrada hacia las cruzadas, obedeciendo á la voz del Pontificado lleva todas sus fuerzas á un punto, como dijimos arriba, tiene un sentimiento que la anima, alhaga en su mente alguna idea, que se relaciona y aparece con su arquitectura. Europa sometida al principio de la unidad monárquica, emplea su inteligencia, actividad y vida en algo que se lea en los caracteres indelebles del arte. Europa decadente, Europa en medio de los horrores de la revolución, consigna en mármoles y bronce el desenfreno de sus viciosos gobernantes, la era de los vengadores de la humanidad y su soberbia blasfemante.

¿Pero cuál es el estado presente de los pueblos más sabios de la tierra? El grito de libertad ha sido arrojado de lo íntimo de su corazón; pero la libertad, por más que se le erijan altares, no es un fin, es un medio. La libertad es indispensable para que la humanidad marche erguida por la senda del progreso á un punto, y bajo una bandera. Es menester que ese punto sea divisado desde todas partes, que la bandera brille con los colores más propios para herir la sensibilidad de los sentidos, en medio de la muchedumbre de sabios é ignorantes. Entonces los pueblos de Europa se moverán en una órbita común á todos, siendo uno el desenvolvimiento, y acordes todas sus armonías. Europa tendrá entonces una Arquitectura y todas las naciones, reservándose su carácter peculiar, plantearán los diversos estilos de ese arte.

Hasta esta ocasión, en España como en los pueblos donde la Arquitectura se halla más adelantada, no haremos más que preparar por medio de la discusión el estilo más propio que se elija entre todos los que nos han precedido. Esta discusión aparece ya en el terreno práctico de los hechos, lo mismo á las márgenes del Sena que á las del Manzanares, lo mismo en Viena, que en Roma, Londres ó Berlin.

Distintos estilos se ensayan entre nosotros sin cesar, como para probar que el carácter de esta época de transición, es intentarlo todo sin decidirse á nada. Respecto á nosotros, queda resuelta esta cuestión tan luego como se reanude la tradición del arte volviendo á evocar, allí donde por última vez se mostró genuino y bello.

Pero á la escuela superior de Arquitectura, mejor dicho, á la escuela española del siglo XIX, es á quien corresponde resolver semejante problema con mayor copia de datos. Sus doctrinas encuentran eco en la capital más sabia de Alemania.

La escuela de Berlin es entre todas las de Europa, la que sin relación ninguna con la nuestra, aspira como ella á crear el arte de la presente época por medio del análisis y la síntesis, por la historia y la estética, por la crítica y la libre discusión en el arte.

Más no fué la mencionada escuela especial el único esfuerzo que hizo el gobierno español para rehabilitar la Arquitectura. La institución de semejante enseñanza era una previsión para lo porvenir, para conservar los monumentos de gloria del arte de nuestros mayores, creáronse comisiones de monumentos. Si estos no han podido hacerlo todo respecto á los restos de la Arquitectura pasada, tampoco estaban llamados á entender en la presente, y la real Academia de San Fernando, nave en medio del golfo borrascoso, donde se han salvado las sabias doctrinas del arte, con hacer esto, ha llenado plenamente su cometido, mereciendo bien de presentes y venideros.

Para sacar las oficinas y establecimientos públicos fuera de los ruinosos conventos; para dotar al estado, á los municipios, á la provincia y á la sociedad española, en suma, de la inmensa variedad de edificios de que la nación carece, era necesario crear un cuerpo de arquitectos públicos, que con los nombres de municipales, de distrito y provinciales, se consagraran á la conservación de los antiguos y al planteamiento de las nuevas construcciones civiles.

A este fin dirigimos nuestros esfuerzos, cuando en tres largos artículos que vieron la luz pública en la corte, probamos la conveniencia de semejante institución, demostrando luego en esta provincia personal y desinteresadamente, que no eran asertos vanos los emitidos por nosotros, y retirándonos tan pronto como contemplamos cumplido nuestro propósito, al crearse definitivamente los arquitectos provinciales.

Una junta superior consultiva entiende en la dirección de todas las obras civiles de todo el reino. Juntas se han formado después en las diócesis de España para la erección y restauración de nuestros venerandos templos, y el gobierno que rige el país, desde que disfruta de paz, no cesa un día de velar por el renacimiento, por la rehabilitación de nuestra Arquitectura.

¿Pero tales instituciones, tan plausibles propósitos son suficientes para acometer empresa tan grande? ¿Sábese á ciencia fija todo lo que hay que hacer en España para equiparar las obras de su arquitectura con los de cualquier nación europea? Se sospecha siquiera la transformación que han de sufrir las ciudades interior y exteriormente, y lo mucho que les falta para el completo desarrollo de su vida pública en punto á edificios? Materia será esta por donde comenzaremos nuestro último artículo consagrado á examinar el porvenir de nuestra Arquitectura, porvenir que se indica hoy bien á las claras, para que dudemos un instante de su seguridad infalible.

DEMETRIO DE LOS RIOS.

BREVEDAD DE LA VIDA.

Yá de rubias espigas el estío
Alza su erguida frente coronada,
Y la grata estación de los amores
Veloz se aleja con ligera planta.

Pura violeta, purpurina rosa,
Azucena gentil, pálida acacia,
¿Adonde están vuestros aromas puros?
¿Adonde vuestras hojas esmaltadas?

Frescos vergeles de la patria mía,
Que al dulce soplo de las leves auras
Os mostrasteis frondosos y risueños,
¡Ay! ¿qué se hicieron vuestras ricas galas?

¿Adonde están las aromas flores
Que en los flexibles tallos de esmeralda
El delicioso néctar de su seno
A la industriosa abeja presentaban?

¿Adonde están los matizados ramos,
Adonde las purísimas guirnaldas,
Que recorrió la mariposa inquieta
Batiendo en ellos con placer sus alas?

¡Ay! que del sol á los ardientes rayos
Dóblanse tristes las erguidas ramas,
Y pierde el campo su mullida alfombra,
Y el dulce encanto de los bosques pasa.

Yá no suspira el ruiseñor canoro,
Yá no trina la alondra en la alborada,
Y en vez de su dulcísima armonía
Roncos insectos sus cantares alzan.

Yá no contemplan los inquietos ojos
El manso arroyo que con ondas claras
Entre lirios silvestres y amapolas
Con plácido rumor se deslizaba.

Secó su fuente el abrasado estío,
Y solo á recordarlo consagradas
La amarga adelfa y la retama crecen
En su profundo cauce solitarias.

Acabó tu poder, oh primavera,
Mas ¿qué mucho, si así también acaba
La risueña estación de luz y encantos
Que Dios ofrece á la existencia humana?

Llega el abril hermoso de la vida,
Y brotan á torrentes en el alma
Deseos mil que celestial arrulla
El céfiro fugaz de la esperanza.

Los gratos sueños de placer y gloria,
De amor las ilusiones encantadas,
Gallardas flores son que el bello campo
De la anhelante juventud esmaltan.

Empero llega el destructor estío
Y dóblanse marchitas, y humilladas;
Una por una su frescura pierden
Ante el fiero poder que las abrasa.

Y árido queda sin verdor ni aromas,
Ni tiernas aves, ni fugaces áuras,
El corazón que acojonado mira
La primavera de su edad pasada.

¡Oh! si tornase cual el campo un día
Dichoso á recobrar sus muertas galas!...
¿Y quién detiene la vejez que adusta
A herirle llega con segura planta?

Más el Sumo Hacedor Omnipotente
Al mísero mortal no desampara,
Y hasta el postrer momento de la vida
El hábito le dá de la esperanza.

Ella con blando y apacible arrullo
Aun á la triste ancianidad alhaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la eterna mansión bríndale al alma.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA,

Oda.

—
Cuanto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas.
(Heredia.)

Cuando Roma triunfante
Cual señora del mundo aparecía,
Y su poder omnímodo extendía
Desde las playas del soberbio Atlante
Hasta el jónico mar, ciudad famosa
Alzabase potente
Del Bétis en la margen deliciosa,
Ostentando orgullosa
Ceñida de laurel su altiva frente,
Templos, palacios, termas,
En su extenso recinto
Grandiosos se elevaron;
Y de sus hijos el saber, la gloria,
En himnos de victoria
Entusiastas los pueblos aclamaron.

¡Oh Itálica! eras tú; tú que en ruinas
Hoy trocada te ves y triste lloras,
Y al suelo á tu pesar la sien inclinas,
Y al tiempo en vano compasión imploras.

En vano, si: con implacable saña
Ráudos en tí los siglos imprimieron
Sus huellas destructoras,
Y en polvo tus grandezas convirtieron.
Preciada joya de la madre España,
¿Qué es de tu antiguo nombre y poderío?
¿Do las torres están, do el fuerte muro
En que tus hijos, con ardiente brio,
Las agresoras huestes resistieron
Del soberbio Varrón? ¿Dónde el ruidoso
Pueblo que en tu recinto se albergaba
Y al héroe victorioso,
Y al atleta invencible
Con févido entusiasmo saludaba?
¡Ay! que ya ante mis ojos
Con funerario velo te presentas,
Y abandonada y muda solo ostentas
De tu poder los míseros despojos!...

Empero ¿quién al verte
En tu mismo sepulcro no te admira?
¿Quién tu inmortal renombre y tu grandeza
Triste no evoca y con dolor suspira?

Aun lo recuerdo bien: en apacible
Noche, con paso incierto
En torno tuyo con afán vagaba,
Y ora tu anfiteatro ya desierto
Ora tus rotos, abatidos muros
Con pavor en silencio contemplaba.

En lánguido desmayo,
La luna se inclinaba soñolienta,
Sobre tu faz lazando, macilenta,
Desde Occidente moribundo rayo.
Trémulo ante la calma aterradora
En que sumida estás, por un instante
Honda ansiedad mi corazón devora.
Mas de improviso en mi delirio creo
Que aun el génio romano en tí palpita,
Y al pueblo todo entusiasmado veo
Que de una sombra en derredor se agita.
¡Trajan! es él: sobre su augusta frente
Deslumbrante corona altivo muestra:
Su faz revela su saber profundo,
Y el cetro que glorioso rigió al mundo
Severo empuña con potente diestra.
«¡Salud, guerrero ilustre! conducido
Tu carro siempre fué por la victoria;
Por ella te encumbraste al Capitolio,
Que el pueblo rey al admirar tu gloria
Puso á tus pies su ambicionado solio.
¡Salud!...»

Mas ¡ah! que en breve en su camino
Con mesurada planta
Otro guerrero insigne se adelanta
Y otro cercado de esplendor divino.
De él caminan en pos, ambos ciñendo
Sobre sus sienas la imperial corona,
Y al contemplarlos con ruidoso estruendo
Cantos de amor la multitud entona.
«¡Salud, Elio inmortal! y tú benigno
Magnánimo Teodosio que anhelante
En alas de la Fé tendiste el vuelo,
¡Gloria eterna á tu nombre!
Por tu virtud, por tu ferviente celo
La sacrosanta religion triunfante
De la ciega impiedad se alzó en el suelo.»

Así exclamé: y aun escuchar creía
En la region del viento,
El entusiasta, prolongado acento
Del pueblo que á sus heroes aplaudia,
Cuando á mi vista súbito aparece
Turba fatal, que desbordada y fiera,
De Iberia por los campos se derrama
Sembrando destruccion en su carrera;
A la siniestra, vacilante llama
De sus negras antorchas
¡Oh Itálica te miro,
Y mi agitado pecho
Exhala de terror hondo suspiro.
Nada resta de tí. ¡Ay! ¿Qué se han hecho
Tus jardines, tus templos y palacios?
El ángel de la muerte
Batiendo sobre tí sus negras alas
Goza tal vez al contemplar tu suerte:
Y al ver perdidas tu belleza y galas
«Itálica no existe» dice al viento,
Y pavoroso y triste
El eco que en tus ámbitos se esconde,
«Itálica no existe»
A su acento fatídico responde.

¡Ruinas!... ¡Soledad!... El tiempo vuela
Y sigues en el polvo reclinada.
«¡Muerta ya para siempre, abandonada
Verás que el claro brillo de tu nombre
Entre las sombras de la edad se pierde,
Sin que al hollarte indiferente el hombre
Tu pasado esplendor jamás recuerde?»

Dije: y con paso tardo ante mis ojos
Ser misterioso en breve se presenta
Que respeto y amor al alma inspira,
Láuro su sien, inmarcesible, ostenta,
Pulsa su mano resonante lira,
Y dando en son doliente
Su voz al aire vago,
De Itálica recuerda conmovido
Cuanta fué la grandeza y es su estrago.

«¿Quién eres génio ilustre que perdido
Vagas por estas yermas soledades?
¿Eres Silio tal vez, Silio que ahora
De su helado sepulcro se levanta
Y la ruina de su patria llora,
Y el infortunio de su pueblo canta?
Ah, no: Silio la guerra
Enalteció y sus bárbaros horrores...
Tú cantas el dolor y tu voz grave.
Es plácida y suave
Como el áura que gime entre las flores.
¡Salve, Rioja insigne,
Vate sublime de la patria mia!
A tu poder Itálica famosa
Levantase del polvo del olvido
De nuevo apareciendo victoriosa.
Su preclaro renombre, que perdido
De largos siglos tras la noche umbría
Quedaba de la suerte al golpe rudo,
En tus cantares con amor le ofrece:
¡Salve, salve mil veces!
Inspirado cantor, yo te saludo.»

Mas súbito volviendo
Del letargo fatal que me embargaba
Alzarse miró el sol, que desde Oriente
En roja luz bañaba
Con vivos rayos mi cansada frente
«¡Adios, adios quedad, miseros restos
De la ciudad que un día
Emporio fué de la soberbia Roma!»
Dije de tí alejándome, abismado

En profunda y tenaz melancolía,
Y desde entonces tu tremenda historia
Fija siempre en mi espíritu agitado,
El fin me muestra de la humana gloria.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

APUNTES BIOGRÁFICOS DE UN ARTISTA.

I.

«Hay génios predestinados al dolor, como otros á la felicidad y á la gloria»—ha dicho un célebre escritor contemporáneo.

Debemos añadir que los hay tambien predestinados al olvido.

¡Oh! qué ingrata, qué negligente ó qué egoista parece la humanidad!

Como si el talento fuera una produccion fácil, como si el génio fuese un patrimonio comun á todos los hombres, como si sus obras no importaran nada para el desenvolvimiento de la humanidad ni ejerciesen un poderoso influjo, un bien real y las mas veces inmediato, siempre feliz, constantemente de honor, de estímulo y de gloria para el individuo y para la familia, para la sociedad, para el mundo y para la historia; ó como si conceptuara sobradamente recompensado al génio con el escatimado precio en que compra su existencia miserable, esa desventurada existencia llena de afanes, de desvelos y de amarguras, blanco de mezquinas pasiones, existencia cien veces mas triste y desconsolada que la del pobre mercenario. La sociedad mira pasar cerca de sí al artista con ojos indiferentes, y con la conciencia al parecer tranquila: le vé cruzar por el áspero sendero de la vida sin cuidarse de sus dolores ni de sus miserias; sin tomarse la molestia de inquirir su historia, esa historia de acerbos sufrimientos y concentradas lágrimas; sin tenderle movido á compasion siquiera una mano en sus infortunios.

¿Qué le importa á la sociedad los sufrimientos de ese hombre?

«Es un artista...»
¿Qué importa? El arte ¿no es un modo de vivir como otro cualquiera?

Es un poeta: que escriba. No faltará una muger, acaso jóven y hermosa, que lea sus versos, pronta á remunerar su inspiracion con una coqueta sonrisa.

Es un escultor: que trabaje. Si no existen comunidades religiosas quedan hermandades y cofradías avidas siempre, interpretando bien el sublime espíritu de nuestra santareligion, de adquirir efigies de santos, aunque de las materias menos costosas, para echar sobre sus hombros alardes de oro y rica pedrería.

Es músico: que componga. Han decaído las capillas-catedrales, mas hay teatros, y si no en tanto número como las plazas de toros, los hay al fin; y empresarios que satisfarán bien con tal de que haya un público que pague á alto precio.

Es pintor, pues bien, que pinte. ¿No tenemos sobrada grandeza y jóven y entusiasta y pródiga? Menester es decorar dignamente los salones de sus palacios, rivalizando no obstante con el papel de forrar habitaciones y hecho pasta para florones de escultura y rinconeras.

¿Cómo hay artistas ociosos...? ¿Cómo no vive el arte?...

Y sin embargo, cuan trabajosa vida la del artista! ¿Qué existencia tan oscura, tan sin porvenir!

Trabajar, siempre trabajar: ir agostando su juventud con las vigilias sin descanso, en pos de una forma bella en que fundir una nueva y sublime creacion; ir acabando su vida sin tregua, sin mas que un afán continuo, el de ilustrar al mundo; y morir pobre tal vez, acaso abandonado, sin dejar quizás un amigo que su pérdida llore ó un pueblo que recuerde su nombre!

¡Y, la patria del génio es el mundo...!

El artista baja al sepulcro y se le olvida.

La muerte de un artista pasa casi siempre tan desapercibida para la mayor parte de los hombres, como desaparece la luz del sol en el crepúsculo de una tarde.

¡Ah! que esos luminosos rayos que se ocultan en Occidente comenzando á destellar la aurora de un nuevo día en otro hemisferio, despues de algunas horas tornará á levantarse en éste, magestuoso, resplandeciente, enseñoreándose rey del día en el azul limpio, sereno y trasparente del espacio!

Mas todos los días no hay Jesucristos que resuciten Lázaros!

No esperéis pues, que sobre la frente helada del artista que bajó á la tumba, vuelva á brillar la sacrosanta llama de la divina inspiracion.

II.

Consagremos un pensamiento siquiera de gratitud cuando no de cariño, á esos grandes poetas, á tanto eminente artista como han florecido en los vastos dominios españoles; á esos desgraciados génios que aun yacen en la mansion del olvido.

Ya que no podamos descender hasta sus tumbas, por estar las mas de ellas ignoradas, y depositar sobre la losa fria que les cubriera la humilde corona de laurel que les negó su siglo; ya que no nos sea posible levantar hoy á su buena memoria gloriosos monumentos, dignos mausoleos ó gigantescas estatuas, en esta España donde no podemos asentar la planta sin temor de hollar las cenizas de un gran hombre, impongámonos la noble tarea de hacer recordar al mundo los nombres de los mas insignes, mostrándole el de aquellos á quienes la fatalidad de los tiempos entre las negras sombras del pasado ha dejado perdidos.

Tarea difícil pero no imposible.

III.

Vamos á dar aquí los ligeros apuntes biográficos de un artista.

No nació en España; pero sí de padres españoles y dentro de los dominios de la corona de España.

Su vida fué azarosa, su génio y su inspiracion de España: su vejez fué prematura, y murió pobre.

La vecina Francia, é Inglaterra, conservan aun como una buena memoria su nombre, y algunas de sus obras.

En España raramente habrá quien recuerde al eminente pintor D. José Atanasio Echeverría y Godoy.

IV.

Nació éste en Méjico, y fué bautizado en la parroquia de la Santa Vera-Cruz el 5 de Mayo de 1774: siendo sus padres D. Silverio y D.^a Paula, personas de conocida nobleza.

Desde su mas tierna infancia descubrió una aficion estremada al estudio y las bellas artes, dando claros indicios del génio y talento con que le habia dotado el cielo.

Era aun muy niño, y hablaba el francés, el inglés, el alemán y el portugués: idiomas que aprendió con una rapidez pasmosa, mientras cursaba el latin y la filosofía que muy luego hubo de desatender por inclinarse mas al dibujo y la pintura, á cuyo arte se consagró por completo.

Sus padres, que notaron sus escelentes disposiciones, trataron de darle una educacion esmerada.

Desgraciadamente al alborear la primera aurora de su juventud el eminente artista se encontró huérfano sobre la tierra.

La viuda empero siguió alentando el deseo mismo de ilustrar al hijo que por ser único y tan estudioso y apto, merecia los cuidados y aun los sacrificios mayores; y completó su educacion.

Y cuán bien correspondió á los desvelos maternos!

Fué un gran artista: todos los géneros los cultivó, y en todos resplandeció su génio.

En sus cuadros al óleo, no se sabe que admirar mas; si la correccion y pureza de su dibujo, su pensamiento, siempre grande, ó su bueno y fácil colorido.

Pero en lo que no tuvo, ni tendrá rival, fué en la miniatura.

De edad de 18 años fué nombrado director de la Real academia de San Carlos de Méjico, en la que recibió diferentes títulos y medallas, con las mayores pruebas de consideracion respeto y cariño, justamente tributadas á su reconocido mérito.

Pocos años despues recibió encargo del Rey Don Carlos IV, por el que se le nombraba de la comision que habia de salir con objeto de recorrer el pais natal del artista y las Américas para hacer los estudios de un curso ilustrado de historia natural.

En estos viajes, en los que invirtió 4 años, pasó segun escribe el mismo en sus apuntes, la época mas feliz de su vida.

Artista de corazón, entusiasta por todo lo bello y hombre de una capacidad é ilustracion no comunes, no podia hallar un foco de sublimidad para su arte como el que le ofreciera el vasto panorama de las fértiles y siempre ricas en vejetacion, tierras del nuevo mundo.

Tambien eran gratos de suyo los objetos de su estudio y que tenia que pintar; árboles, frutos, flores, pájaros: apuntes que hacia sobre papel comun á la aguada, y al paso del caballo que montaba. Especialmente los de los pájaros, en que no podia detenerse en razon á tener que evitar que la muerte descompusiera en las plumas del ave la brillantez y el color.

A su paso por la Habana, casó con la Sra. D.^a Maria del Rosario Soreau y Jimenez.

Cuatro meses despues, con motivo de haber llegado á manos del Rey uno de los citados estudios, fué llamado á la corte de España; donde S. M. se sirvió honrarle nombrándole su pintor de cámara: destino que rehusó manifestando los deseos y aun la necesidad que le asistía de volver á aquellos países, bajo el pretexto del mal estado de su salud.

Quedó pues como pintor de cámara honorario, pero exigiéndole el Rey que permaneciese en Madrid, donde se le pasaria su sueldo como si estuviera en activo servicio. Y en esa época fué, cuando establecido en la corte, estudió sus bocetos de viage y comenzó la obra inmortal y desgraciadamente incompleta, á causa de los acontecimientos posteriores debidos á la revolucion, y que nadie se ha atrevido á concluir.

Esta obra es «*La Flora Mejicana*» conservada en la biblioteca Real, hoy Nacional de Madrid.

Tambien dentro de ese período de tiempo pintó algunos frescos en el Real sitio de San Lorenzo; y escribió la obra de «*Elementos anatómicos de osteología y miología*» sobre la traducción que en francés hizo Gauthier de la de *Lavater*: con algunas otras científicas y literarias, las cuales existen inéditas en su mayor parte en poder de su familia, residente en Sevilla.

A los siete años de su permanencia en Madrid ocurrieron los desgraciados acontecimientos de 1808. El joven Fernando VII queda prisionero de Napoleon á consecuencia de los célebres sucesos de Bayona, y el pueblo de Madrid dá la señal para la revolucion general española al ver al Infante D. Francisco de Asis mañosamente arrebatado de su Real palacio: triunfa Murat; succedense los terribles fusilamientos de Mayo; y ocupa el trono José Napoleon, hermano del Emperador: y á pesar de haberle manifestado al D. José Atanasio de Echeverría su deseo de que se estableciera en Francia, éste se escusa y sale de Madrid para Sevilla, con la idea de embarcarse para Cádiz y partir á Méjico.

Y llegó á Sevilla: pero allí necesitó un pasaporte, y éste no lo obtuvo hasta los 18 meses de una espera desesperada. A los 18 meses, en el dia mismo en que estallaba la insurreccion de aquel pueblo, dia de Nuestra Sra. de la Paz, año de 1810.

Desde esta fecha comenzaron sus pérdidas mayores y mas graves de salud y de intereses.

La invasion francesa mantenía el país en la excepcionalidad consiguiente, y las artes que son á la paz lo que las flores á la primavera, morian ahogadas bajo la presión enemiga y los esfuerzos de unos vencidos que concluyeron por ser vencedores.

La innovacion constitucional, la reaccion inmediata á la vuelta del Rey, los calamitosos 6 años de absolutismo, coincidiendo con la insurreccion de las colonias contra la madre patria fueron sucesos que estacionaron dolorosamente en Sevilla á nuestro héroe.

Teniendo que vivir de su arte, en época harto difícil y marcando especialidad entregóse á la miniatura haciendo multitud de retratos que conservan con estimacion las principales familias de Andalucía y tipos del país adquiridos por los estrangeros y particularmente por los hijos de Albion que afuer de hombres especiales rebuscan infatigablemente las especialidades de cada país.

Turbulenta y desmandada la revolucion de 1820, complicó en sus evoluciones de bacante á los hombres mas tranquilos, y al retirarse á Cádiz con el Rey el gobierno constitucional siguieron su ruta todos los hombres de valía, temerosos de la plebe que desarrolló sus sanguinarios y rapaces instintos en el memorable dia de S. Antonio de 1823.

Echeverría sin haber podido avanzar mas allá del Guadalquivir, en medio del tumulto y del pillaje, rodeado de su esposa é hijos todos de corta edad y su madre anciana, sufrió los efectos de aquel dia terrible; viendo arrojarse al agua sus papeles de familia, el dinero, y sus joyas todas: su caja de colores y sus pinceles.

Finalmente el fallecimiento de su madre y esposa, ocurrido muy poco tiempo despues, golpes para él y sobre los ya sufridos bien fatales, produjeron en su organizacion y en su espíritu una ancianidad achacosa y prematura.

Murió el 27 de Marzo de 1827.

D. José Atanasio de Echeverría y Godoy ha sido uno de tantos hombres ilustres por su génio y por su ciencia que han contribuido al esplendor de las artes en España y que han pagado con su vida el atroz tributo á los desastres de esta nacion infortunada.

La miseria que precedió á su muerte fué la recompensa de su mérito en vida: sobre su tumba España solo arrojó la losa del olvido.

CÁRLOS JIMENEZ PLACER.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU.

LEYENDA MORAL

POR

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(Continuacion.)

II.

SCILA.

Perdona, lector, si en el curso de esta leyenda te obligo á conocer tipos innobles y á entrar en las guardias donde moran seres repugnantes; pero en cambio de tu condescendencia, yo te fio no prostituir el idioma de la verdad en favor de las degradaciones humanas ni de las injusticias sociales.

Y cuenta que el estilo del dia, el estilo en boga, propende á pretender para la multitud desheredada una silla y una copa en el banquete de la felicidad material, y que los escritores, cansados de enderezar dedicatorias á próceres, que ó no las admiten ó no las pagan, aspiran á juntar pingüe producto, recogiendo óbolo por óbolo el contingente de las clases pobres é infelices, harto pródigas con sus falsos apóstoles.

Yo no condeno semejantes reclamaciones; porque las adoro en los lábios de Jesucristo; pero rechazo que en vez de subir hasta las esferas del poder, como digna y circunspecta reclamacion de derechos, baje sediciosa y desesperada á concitar sanudas prevenciones; valiéndose de la soberbia y de la envidia como auxiliares, y sin hacer relucir sobre las miserias de este mundo el rayo de consuelo de las celestiales esperanzas.

El tema es antiguo y hasta cierto grado trivial. Sea cual fuere el dogma de los pueblos, siempre reconoce que el bienestar absoluto no es el patrimonio de la tierra, y que la perfectibilidad progresiva es el germen en que se hallan contenidas las leyes del trabajo, de la fraternidad, de las obligaciones y de los derechos, de los contrastes y de las armonías.

Decir á la humanidad doliente: «*sublévate y avanza*» es la mision del diablo, seduciendo bajo la forma de serpiente astuta la nativa credulidad de la muger; porque la sublevacion y el acometimiento devuelven un cúmulo horrible de males en cambio del mal que se procura evitar por tales medios; porque es el primer paso de la criatura salida de la nada y que por la revolucion y la inobediencia pierde el paraíso, sometiéndose á las penalidades de la vida y al dominio de la muerte.

Decir á los que sufren en este valle de lágrimas: «*trabaja, cumple, y espera*,» equivale á repetir como un eco las palabras redentoras; significa tanto como creer, y creer es el principio de esperar, y esperar es la prenda de union entre los hombres para el desarrollo fecundo de la caridad cristiana.

Hay sin duda grandes é inmerecidos infortunios. Hay ciertamente abusos monstruosos de la riqueza y del poder. La humanidad tendria derecho de llamar á Dios el tirano de los unos, y el cómplice de los otros, si la eternidad no estuviese prometida como tipo de las reparaciones: corona de los sufrimientos; expiacion de las injusticias.

Si el que sufre no se acuerda de Dios en sus tribulaciones, y el que oprime no le recuerda en sus demasias, Dios no es el tiempo, que es la eternidad. Los hombres tienen época; su Creador es el que es.

Los que padecen y blasfeman, como los que abusan y rien, se hallarán frente á frente de la justicia suma; y entonces ni tendrá opcion á recompensa el desgraciado que se hizo réprobo, ni á la misericordia el venturoso trocado en déspota; porque el abismo del mal tiene diversos caminos que confluyen á un propio centro.

Solo falta á esta modesta série de observaciones el toque magistral de algun publicista contemporáneo que las concluya con la calificacion flamante y deliciosa de *neo-catolicismo*.

Yo le doy las gracias anticipadamente.

El señor Prebendado de la Catedral de Córdoba Don Hilarion de Estrada, procedía de una estirpe ilustre desde los tiempos de Isabel la Católica y Fernando V; pero á vivir en la era de dichos señores reyes hubiera sido expulsado de sus dominios como uno de tantos hebreos, amarillos como su oro, y adoradores del aureo becerro como sus padres.

El pueblo es mas sábio que los siete de Grecia, y en sus refranes y en sus motes luce mas ingenio y esperiencia que hay en los hombres votados á la vida puramente intelectual.

El pueblo llamaba á D. Hilarion, *Simuel Levi*. El Rey D. Pedro habia muerto en Montiel, y no lo esperaban en Córdoba.

Comenzaba por entónces la nueva fécies del avaro de nuestros dias, bien distinto en la forma del avaro de otros siglos.

Y la conversion es natural; por que el avaro vive para la riqueza y debe sufrir los cambios que la riqueza sufre.

Capital en moneda; riqueza específica; guardador insaciable; guardian perenne de sus arcas.

Capital móvil; riqueza en giro; calculista convulsionario; colocador incesante de su dinero para que produzca el tanto, la renta, el chorro que acrezca el rio, para que el rio vaya á la mar.

Sueño del avaro antiguo: reproducir la fábula de Midas; convertir en oro con ávido tacto todos los elementos de la creacion.

Sueño del avaro moderno: distribuir su oro en las cinco partes del mundo como otros tantos anzuelos; para cojer en un dia y de un tiron á los cinco, y brindar este capital enorme á los habitantes de la Luna, para sorberse la riqueza del astro de la noche.

No mas aspecto sórdido; no mas trato incivil; no mas mirada fósca.

Por el contrario, apariencias francas; agasajo con todos; alardes de candidez que resiste á duras pruebas y desengaños.

El perro que antes custodiaba la solitaria y sombría casa del avaro ha sido declarado cesante por el avaro moderno, y en su hogar mantiene una trahilla de escribas y fariseos que son á la vez espías de la fortuna que se conmueve, agentes de la renta que aspira á colocarse como la esponja seca en rio revuelto y ejecutores de la inmoral especulacion que apedrea con los réditos la propiedad vacilante.

El reverendo Estrada, participaba de ambos tipos; por que la revolucion económica se hacia menos sensible en España que en otros países, porrazones que fuera ocioso exponer; pero reflejaba lo peor de ambas fisiologías del avaro: porque en cualquiera de ellas tenia disposiciones para figurar no solo como el peor de la familia, sino como el peor de la especie.

D. Hilarion era grueso y alto, y su semblante denunciaba á uno de esos hombres que bajo la apariencia del leon nemeo encubren la voracidad repugnante del chacal.

Recibia á cuantos demandaban su auxilio con las esteriores de un Caton, para concluir por explotar sus necesidades y apuros con la vileza mas indigna; disfrutando en la ruina de sus deudores como el cazador en rendir á la accion mortífera de su escopeta al ciervo gallardo y al pujante javali.

Y esta cacería humana producía mucho mas placer á D. Hilarion que la rés al montero; por que el ciervo llora y el javali gruñe espumante; pero el deudor se arrastra de rodillas por un nuevo plazo, y llama bien hechor á su verdugo, y habla de su muger y de sus hijos, y promete gratitud sin término y se resigna á que le apostrofen por que todavía espera; y el avaro se solaza como el ángel revelde y se deja requebrar, y permite un fulgor de esperanza para concluir con una negativa acérrima; y esta negativa es el cuchillo de monte que pone fin á las agonías de la res humana... ¡Qué horrible tipo!

Si D. Hilarion no fuese mas que un fantasma abortado por nuestra mente no tendria vida en estos renglones.

Y sin duda el prebendado despues de comer y en su despacho, ante la mesa cargada de escrituras, títulos, minutas é informes reservados, pensaba en alguna carcería, por que una sonrisa cruel, diabólica, erraba por sus lábios, y dos arrugas profundas y siniestras descendian paralelas por su frente, habiéndose como el cortinaje de un templo dedicado al génio del mal.

Un muchachuelo vino á perturbar al canónigo en sus elucubraciones positivas, anunciando que el señor Anton Perez aguardaba permiso para entrar.

(Continuará.)

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la Redaccion,
MANUEL GIRON Y LOPEZ.

Director y Editor responsable, D. CARLOS JIMENEZ PLACER.

SEVILLA.--1862.

IMPRESA DE D. ANTONIO PADILLA, ABADES, 14.